Mario Munguía

RELATO
DE UN
REO INOCENTE

(Una novelita sobre el 68)

A 50 años del Movimiento Estudiantil

Munguia, Mario,
PQ7298.23U53
Relato de un reo
inocente :
co
8

Impreso en México - Printed in Mexico

©2018, Mario Munguía

Primera edición: Febrero 2018

Diseño de cubierta e impresión:
Marketing, Design & Print Center, S.A. DE C.V.
www.print-center.com.mx

Impreso en México - Printed in Mexico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Mario Munguía

RELATO DE UN REO INOCENTE

(Una novelita sobre el 68)

6 MAR 2019

CENTRO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN UNIVERSITARIA

Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, A.C.

Clasif. PQ7298.23 U53 RY

No. adq. 668

Procedencia el autor

Fecha 6 marzo 2019

Tipo de publicación PP

Código de barras UDU19030035

No. de inventario 20190300660

CENTRO DE INFORMACIÓN Y
DOCUMENTACIÓN UNIVERSITARIA

A los muchachos que, en el 68,

nos heredaron su lucha

por un México justo

y el país actual.

Después de incontables sueños y vigilias, llegó una tarde que dormía y fue sacudido sin la brusquedad habitual, y un guardia le dijo que se levantara porque le habían concedido la libertad.

MARIO BENEDETTI

El citatorio

"Noooooooo". ¿De qué se trata? No puedo creerlo. Los años que han pasado y todavía se me relaciona con un movimiento estudiantil con el que no tuve que ver. ¿Y ahora qué hice? ¿O qué ha sucedido en el país y se me involucra otra vez a mí? ¿Es una broma, es una burla o ambas cosas? ¿Quién puede ser el autor de esta acción infame? ¿Será posible que treinta y pico de años después me citen y me busquen para investigarme? ¿No les bastó con los hechos de hace más de tres décadas? El papel pegado en el frente de la puerta de mi casa lo dice todo. Bueno, no lo dice todo. Pero para mí como si lo dijera. Dudo que haya sido obra de algún curioso. Nadie conoce mi historia, salvo unos conocidos y mis más cercanos familiares. ¿Y si fue uno del gobierno? ¿Quién? No sé, no lo sabría. ¿Qué quiere? ¿Dinero? ¿Estafarme? ¿Para qué lo haría? ¿Por qué no se me deja en paz? ¿Por qué está ahora dicho citatorio pegado en mi puerta? Leo de cabo a rabo el aviso inusitado de la PGR y no lo concibo:

México, D.F., a 2 de enero de 2002.

Asunto: Citatorio.

C. Fulano de Tal:

Ciudadano *Fulano de Tal* urge se presente a declarar sobre su posible injerencia en los sucesos ocurridos en Tlatelolco, el 2 de Octubre de 1968, según consta en la averiguación previa AP/1009/68.

Sírvase acudir el próximo día lunes 6 de Enero, a las 9:00 a.m., en la oficina correspondiente de la Procuraduría de Justicia del

Atentamente:

Procuraduría General de la República

(Sello oficial y rúbrica al calce)

No lo entiendo. ¿Por qué ahora? Si nunca antes me molestaron, si mi historia ya no le interesaba a nadie. ¿Y ahora qué hago? ¿Agarro mis maletas y me largo? ¿Huyo, me escondo, me exilio de México? ¿Me cambio de nombre, de domicilio, de cara? ¿Qué, qué hago? ¡Ya pensaré que hacer! Mientras quitaré el citatorio de la puerta para que nadie lo vea, de lo contrario mi esposa y mis hijos me verán con este papel en las manos y se van a espantar más que yo. Ya oigo muy cerca sus risas a la entrada del patio de la vecindad.

Oigo pasos y voces de varios hombres detrás de la bartolina. Buscan nerviosos algo. Por el forcejeo que se escucha, se llevan a alguien. Hay más detenidos ¿Cuántos? ¿Quién sabe? Los hombres se detienen aquí enfrente: le preguntan algo al vigilante que cuida la entrada de la celda, el celador debió contestarles a señas porque no oí su respuesta. Ellos continuaron su ronda. ¿Cuántos soldados están en este lugar? ¿Qué esperan de mí? ¿Por qué no vienen de una vez? "¡Aaaaaaaaah!". Me duele la herida que me hicieron en la cabeza el día que me agarraron; aún me arde un poco y más cuando la toco. Me voy a infectar la herida, si sigo tocándola con la mano sucia. El día que me detuvieron, yo estaba en Tlatelolco. Seré ingeniero. Bueno, apenas soy estudiante de cuarto semestre. De padre mecánico, sabía y sé arreglar automóviles. Vivía --pues no puedo decir que vivo-- en la colonia Guerrero, a escasas cuadras del sitio de la represión. Había ido a la unidad habitacional a componerles el carro a unos antiguos amigos míos. Arreglé la bomba del vehículo a media tarde, luego me entretuve en la chanza y "al rato te vas, aún es temprano", y cuando salía del lugar fue demasiado tarde. Entonces mis amigos y yo nos dimos cuenta que, en la explanada frente a su departamento, un comando de militares armados efectuaba un cateo y una redada a toda persona que se moviera en la zona y fuera o no enemigo de la patria, un rojillo, un revoltoso, un agitador o un rebelde. No llegué hasta mi coche. En una tarea de asalto, uno de los efectivos nos alcanzó, se cruzó en mi camino e impidió que yo saliera de inmediato de ese infierno del 2 de Octubre. A grandes zancadas, sus compañeros de armas igual se nos acercaron, para indagar por nuestros datos. ¿Quiénes éramos? ¿Dónde vivíamos? ¿A qué nos dedicábamos? A mis amigos se les permitió regresar a su departamento por ser residentes. A mí

no. La identificación de ellos estaba en regla. La mía no. Ellos eran ciudadanos normales, pacíficos y leales al sistema y en mí recaerían todas las sospechas del movimiento revolucionario del 68. Me denunciaba mi juventud, mi pelo largo, mi manera de vestir: con pantalón de mezclilla, camisa a cuadros de color azul, blanco y gris, tenis negros y un morral con mis cosas. Ese día no fui al taller mecánico de mi padre, directo de casa salí a ver a mis amigos, una pareja de enamorados y recién casados, jóvenes que habían abandonado las aulas después de egresar de la Prepa. Ellos no eran estudiantes. En cambio yo sí era estudiante y la simple credencial de la UNAM fue el pretexto suficiente para detenerme. "A éste se lo llevan preso" ---dijo el oficial de la PM que dirigía el operativo. Supongo que me consideró un delincuente social, después de mirarme a la cara y haber anotado mi nombre en la lista que traía, y además de mi identificación pasaron a sus manos mi cartera con tres pesos, un "huerfanito" y el retrato de mi novia. Me opuse tajantemente a ser detenido. Exigí mis pertenencias. Alegué mis derechos ciudadanos. Argumenté. Mostré enojo y miedo. Mas ninguna de estas reacciones mías bastaron para no ser detenido. En repuesta, recibí un culatazo en la cabeza que me abrió una herida de dos centímetros y me causó una hemorragia que tiñó mi pelo café castaño de sangre y enrojeció mi cara morena por varios días hasta que aquélla se secó y se me desprendió casi sola. Mis amigos quisieron ayudarme, pero las armas de los militares los conminaron a no meterse en mayores líos. A mí me arrastraron hasta un camión de redilas del ejército y a empujones y puntapiés me aventaron dentro. Arriba otro soldado se encargó de tirarme al piso del camión y al tratar de levantarme aquél me tiró de nuevo sobre la plataforma de madera, entonces me pegué fuertemente en la nuca y perdí el conocimiento...

¿No sé qué día es? ¿Ni sé dónde estoy? ¿Ni sé si es de día o de noche? No hay luz ni sol. ¿No sé el día exacto que me trajeron acá? ¿Ni sé si estoy en una celda, una cárcel, un calabozo, una mazmorra, un apando, un penal, una bartolina o algún otro sinónimo que no recuerdo ahorita? ¿No sé los días que han pasado desde que me hicieron esta herida en la cabeza? Esto está oscuro, negro, muy negro; no puedo ver nada. No me veo ni a mí mismo. Estoy preso y vivo, creo. Pero ¿Por qué estoy preso? Eso no lo sé. Me encuentro vivo, aunque en esta situación uno imagina lo peor y por un momento pensé que perdería la vida *ipsofacto*. ¿Cuánto tiempo estaré preso? Tampoco lo sé. ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me han detenido? Ese día no hice nada y antes no cometí ningún ilícito como para que me detuvieran, pegaran y apresaran a punta de pistola con tan mala suerte para mí. Estoy solo. Aquí no hay nadie más en este encierro. A la fecha aquí no ha venido nadie, pero ya vendrá. En tanto converso conmigo, con mis ideas y deseos de que esto termine y pueda irme a casa. Trato de calmar mis nervios, mi ansiedad, mi preocupación por lo que me sucedió y temo lo que me vaya a pasar más adelante. Estar preso y vivo no lo es todo, presiento una amenaza que pesa sobre mí. ¿Cuál? No lo sé. Quizá sea el puro miedo que tengo o que me asusta la idea de morir sin remedio. No me llevaron a declarar a la Quinta Delegación y me inquieta esta inesperada e inaudita situación. Ante este trance difícil mi única arma es la memoria, el recuerdo, la conciencia, la cordura y la palabra que me cuento a mí mismo en esta historia, para no dejarme vencer por el miedo que me invade el cuerpo, paraliza mis emociones y me hace imaginar una amenaza latente a mi seguridad y deseo de sobrevivir. Quiero ser libre y vivir fuera de esta cárcel; no quiero morir tan joven y con el amor lejos de mí.

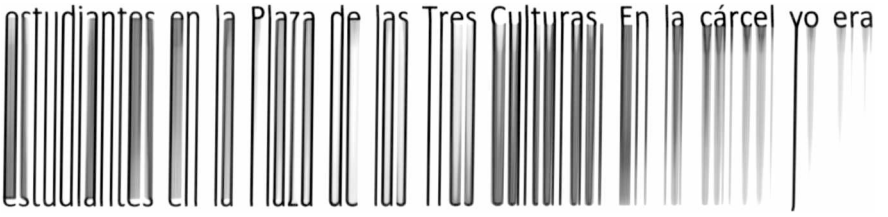
¿Qué delito cometí para estar aquí? ¿O me confunden con otro? ¿O suponen que me metí en un lío demasiado delicado como para haberme hecho su prisionero. ¿Prisionero? Sí, dije prisionero. Probablemente estoy preso en el Campo Militar No. 1.

Aún ignoro el tiempo que ha transcurrido desde mi detención, si han sido unas horas o tal vez uno, dos o tres días. ¿Quién sabe? Mi desmayo en Tlatelolco no me permitió saber los detalles del traslado, la ruta, la duración del viaje, los sitios exactos por los que atravesó el camión de ejército, las personas y los comentarios o aquello que no se dijo sobre los detenidos, sospechosos, implicados o supuestos enemigos de la patria. Tampoco supe si mi prolongada inconsciencia se debió al duro golpe en la nuca o a que fui aletargado con alguna droga o sustancia apropiada para ello. Lo cierto es que no entré por mi propio pie hasta ese sitio misterioso y menos me instalé en mis cinco sentidos en la celda que piso ¿Aquí no sé quién y cómo me detiene, si como preso político o presunto sospechoso del 68? Desconozco además los cargos que se me imputan y los trámites que tendría que realizar para salir a la brevedad posible. Aun no preciso si estoy en una oficina, un almacén, un refugio militar, un cuartucho policiaco o algún foro clandestino de la represión. El tiempo pasa, sin saber la hora que es. ¿Cuánto durará este penar: serán unas horas, unos días, una semana o un mes? ¿Cuánto tiempo estaré aquí contra mi propia voluntad? No lo sé. No obstante, dicho encierro cambia radicalmente mi situación personal, familiar, social, estudiantil y zozobro al no saber si recuperaré mi vida pasada o la perderé definitivamente. Fue la humedad, el frío, el dolor de la herida en la cabeza, el hambre y la sed lo que me despertó del letargo sufrido; lo que me llevó a comprender que estoy preso, a que espontáneamente brotara dentro de mí un fuerte deseo por sobreponerme a la realidad y a sentir una profunda necesidad de sobrevivir. Soy un preso y no sólo eso. Soy un preso sin delito, sin acusador y sin proceso. Un preso arrancado violentamente de su

vida cotidiana: de sí mismo, de su familia, de su casa, de su calle, de su escuela, de sus estudios, de sus amigos, de su trabajo y de una existencia prometedora, humana, cordial, apacible, fructífera, benéfica y productiva para quienes lo rodeaban e inclusive para la nación. En fin, la historia no la inventa uno, sino que a veces uno la vive en contra de su propia voluntad.

Desperté de repente en medio de una cerrada penumbra. No me percaté para nada acerca de mi nueva situación humana. No recordaba lo que había vivido ayer, anteayer o mucho antes, pues había pasado cierto lapso inconsciente y despertaba de pronto de un sueño pesado, sin darme cuenta de lo que ahora me rodeaba. Creía que dormía en mi cama y, sin embargo, no era así: mi casa y mi cama estaban muy lejos del hogar. No recordaba que yo era un preso ni que estaba en prisión y que sobre mí se cernía una amenaza desconocida; por lo menos en sus particularidades, porque la cuestión general ya la sabía y no me agradaba nada. ¿A quién le agradaría algo semejante? La sombría y húmeda celda me calaba en el cuerpo, enterándome súbitamente de que no estaba en casa o en otro sitio familiar; la soledad y el encierro evidentes me indicaron de que me hallaba preso y en prisión. Suponía mi paradero, el Campo Militar No. 1, pero desconocía la ubicación de la mazmorra; sólo la tropa sabía el número correcto de mi celda, yo por mi parte la llamare 2 de Octubre. Mi nombre de pila sería lo de menos, aquí en esta historia no cuenta. No necesito decirlo, ni ustedes saberlo. Ellos sabían mi nombre, mi edad, mi dirección, mi oficio de mecánico, mi vocación de ingeniero y nada les importó. Que no importe mi nombre ahora para escribir este relato. Me autodenominaré el preso 68, y me ubicaré en uno de los calabozos de la zona militar mencionada. Desde aquí narro o al menos inicio el recuento de los días más aciagos de mi vida, escribo el testimonio personal y proscrito acerca de una injusticia social que padecí en carne propia. No fui el único mexicano que la vivió, a otros les fue peor, desde quien no vivió para contarlo hasta quien quizá no salió nunca de los apandos militares ---como les sucedió a un incierto número de prisioneros políticos retenidos en este lugar. Pero lo

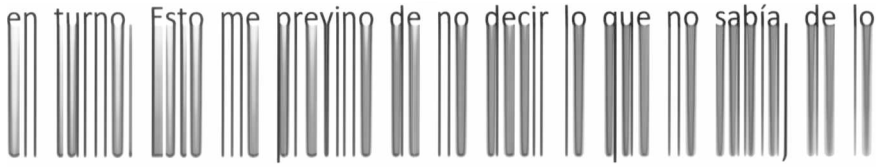
lo verdaderamente sin nombre no fue mi detención, sino la saña multihomicida de las fuerzas militares sobre las vidas de los jóvenes estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas. En la cárcel yo era



nadie, aunque pretendiera ser alguien. Acá un soldado, una arma, una reja, unos golpes, una herida, el hambre, la sed, una enfermedad, la tortura, el miedo, la intimidación, las desapariciones y la amenaza constante de morir lo eran todo o el único poder que existía.

"¡Ora cabrón! ¡Levántate o ahí mismo te parto la madre!" --me dijo uno de los hombres de la PM, al mismo tiempo que me clavaba un fuerte puntapié en las costillas. "¡Aaaaaaaaah!", quedé adolorido en el costado izquierdo. Por unos segundos me faltó el aire. Mi mirada atónita y los ojos desmesurados evidenciaban el artero golpe recién recibido no sólo a la mala, sino en un instante que *no* lo esperaba. ¿Quién puede esperar una alevosa patada mientras duerme? Y yo dormía como bendito tirado en el suelo. Dormía plácidamente a fuerzas de no dormir en varios días, el encierro me provocaba tensión, la tensión me causaba insomnio y con el cansancio extremo me ganaba el sueño; entonces dormía como el mejor bien del mundo. Ahora que cerraba los ojos por unos minutos o unas horas, dormía sin esperar que alguien llegara hasta mí y me tundiera a golpes. Era el estilo de hacer su trabajo del soldado represor que me pegó y su manera de preguntar como quien no quiere la cosa: "Ahora sí hijo de la chingada vas a cantar todo lo que sabes: ¿Quiénes los dirigen? ¿Por qué conspiran? ¿Cómo se financian? ¿Cuál es tu alias? ¿A qué brigada perteneces? ¿Qué actividades abiertas desempeñabas? ¿Cuál era tu misión secreta? ¿Y desde cuándo estás en esto (refiriéndose a la lucha y al movimiento del 68)? ¿Quiénes eran tus compañeros? ¿Cuáles son sus direcciones? Canta cabrón, canta o te mueres". Yo no me reponía aún del golpe clavado en las costillas y ni siquiera podía prevenirme de otro mandarriazo en cualquier parte del cuerpo, cuando tuve que escuchar dicha retahíla de preguntas. Pero no hubo otro golpe. Más bien se trataba de sembrar en mí el pánico, para hacerme sentir culpable o el delator que por ningún motivo podía ser. Empero la intimidación física y psicológica había dado en el clavo y yo iba a hablar, a decirlo todo y a contar hasta lo que no

sabía. "Pero cuidado cabrón, nomás nos hechas mentiras sobre lo que te pregunto y entonces no lo cuentas" --agregó el torturador en turno. Esto me previno de no decir lo que no sabía, de lo



contrario no habría salvación posible. "Mi nombre ya lo conoce sargento, usted es el hombre que me detuvo la noche trágica del 2 de Octubre. Puede checarlo en la lista de ese día, si la trae en este momento en sus manos. Usted vio mi nombre en la credencial que me quitó. ¿No sé si la tenga a la mano y me la pueda devolver? --le dije. "Párale cabrón ¿te crees muy chingón o qué? Las preguntas las hago yo. No te pases de listo o te damos otra calentadita. Ni nos hagas perder el tiempo y responde de una buena vez a todas las preguntas" —vociferó tajante. "Soy estudiante universitario, entré a la Universidad en el 66 y voy en cuarto semestre de la carrera de ingeniería. Tengo 19 años, a la Uní acudo en las mañanas, por las tardes trabajo en el taller mecánico de mi papá y en la noche me dedico a preparar mis materias. Soy un alumno regular en las clases, llevo buenas calificaciones y ahora quiero que me digan: ¿Qué delito cometí para que me hayan traído a este lugar? ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan? ¿Qué quieren de mí? No tengo alias ni me dirige nadie; no pertenezco a ninguna brigada ni tengo misión secreta; no conozco compañeros que delatar ni sé sus direcciones; y no sé más, no sé a qué se refieren con todas sus preguntas, por *Dios* no sé acerca de lo que quieren saber" --vociferé igual. "A *Dios* no lo metas en esto cabrón o te rompo la jeta" --me interrumpió el soldado. Incrédulo, nervioso, a punto de la histeria, temblando, helado de miedo e impotencia por unos instantes no supe qué decir. "No te hagas pendejo, sabes muy bien lo que te pregunta el jefe" —terció otro milico. Para convencerse de sus palabras, el militar volvió a golpearme esta vez con la cacha de su pistola y me reabrió la herida que tenía en la cabeza. "¡Aaaaaaaaah!", me dolí de nuevo. El dolor repentino me paralizó. Mi mirada se nubló, pese a la penumbra de la celda y debido a ésta no era fácil distinguir con claridad a los sujetos que me interrogaban. Se me dobló el cuerpo y me imagino que un par de

militares me sostuvo por ambos lados. El sargento me miró a la cara, para saber si le decía la verdad o le mentía. Por el golpe me faltó el aire, pero más la presión y la violenta situación sufrida impedían que me sostuviera en pie. Parecía un muñeco de trapo a punto de caer al suelo y ya no atinaba a reaccionar o a responder nada. "Suéltenlo" --dijo el sargento u oficial. Después caí al suelo de una sola pieza y ya no supe de mí ni de las dantescas figuras de tres represores que se alejaban en la semioscuridad de la celda.

La crujía 2 es un vil encierro, un cepo del poder reinante, una soga en un árbol de la historia, una mina oculta en un campo minado, un cadalso para un sobreviviente, una guillotina de la memoria y, en su más rebuscada expresión, una antigua máquina de tortura. En otras palabras: una puerta, cuatro paredes, un cerrojo y una ganzúa no hacen siempre una habitación ni una casita modesta, ni un humilde hogar. Y tampoco, dada mi condición de inculpado equivocado o de preso inocente, aquí no es un espacio de la resistencia estudiantil, más estas letras que escribo quizás sí; mi vida en prisión no, pero el relato de un preso inocente sí puede ser una voz, una alerta, una prueba palpable de una visión política y militar oficial equivocada en contra de la lucha y el movimiento del 68. Decía, la crujía 2 no es una casa de campo ni una playa veraniega, ni una isla paradisiaca; no dispone de la luz y el calor del sol que una ventana nos ofrece diariamente; no hay un reloj que marque la hora ni un calendario que nos indique la fecha de hoy y falta un teléfono para llamar y recibir llamadas; no aparece un comedor y un fregadero, no hay un baño elemental ni cuenta con un dormitorio colectivo o individual; no hay un buzón para las cartas ni una salita o recibidor, sólo el suelo húmedo y frío de una pieza estrecha, oscura y sucia. La celda está olorosa de humores, excrementos y meados. Circula por ella el miedo, la soledad, el terror, la desesperanza y, todo junto, me marca física, emocional y psicológicamente cada día que estoy preso; y debido además a las sesiones de apremio a los otros reprimidos que hasta aquí escucho, y también por cada preso que fallece y día que se va. El frío me cala a toda hora, de día y de noche, y en este instante no sé si es una u otra; el frío es otra pared de esta celda. Uno hace sus necesidades en un rincón y respira dichos olores, no hay oportunidad de salir a

un sanitario o afuerita al llano --si llano hay. Hace falta una cama o una cobija. Dormir en el suelo provoca más frío en la piel, en la

carne, en los huesos y en el alma. Y yo únicamente visto la ropa que llevo puesta, sin suéter ni chamarra. Y cuando más cala el frío de la madrugada se antoja algo calientito para beber, un té o un café; ya no digo leche, chocolate, atole o champurrado. Aunque esto es soñar, pues ni gota de agua dispongo para calmar la sed y ni llave de agua tiene la mazmorra. Realmente parece un presidio de verdad y lo que afirmo no es un principio de locura ni ironía acerca de mi triste situación, sino ineludiblemente la calamidad del poder que pesa sobre mi persona y no sé de cuántos mexicanos y mexicanas más --que igual están detenidos en las restantes crujías alrededor. La sed es otra de las paredes que me tortura fisiológicamente, me inquieta, me pone nervioso; y qué decir del hambre, me tensa lentamente, es un cuchillo, una navaja, un cúter y ni cómo saciarla. La celda no tiene cocina ni estufa, parrilla o anafre y tampoco alimentos. No se puede pedir nada al celador y a éste no puedo contactarlo directamente --si es que hay uno afuera. Repito, no hay qué comer por ahora y no sé si me traerán después. Ahora estoy sereno, tranquilo, en paz; sin embargo, mi control será limitado, no durará mucho, probablemente dure una o dos semanas. Se trata de desquiciarme, sacarme de razón, hacerme perder la calma para obligarme a declarar lo que sea, no importa qué. Lo importante para los soldados es que me denuncie a mí mismo, pero ¿de qué? Sólo puedo contarles la verdad: quién soy, a qué me dedico, mi comportamiento estudiantil, mi rol familiar, mi vida cotidiana; mi vivir al día sin pensar en el mañana y, sobre todo, probarles que no soy un rebelde ni estoy ligado a la lucha estudiantil, ni soy miembro de ningún grupo político del movimiento. Así he de decir que el 68 me atrapó como una de las víctimas detenidas que dejó el 2 de Octubre y cuya condena inefable narro en las presentes páginas.

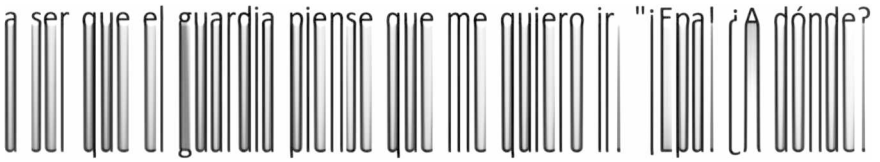
La tortura es semejante a una gotita de agua que cae, cae, cae encima de la cabeza de uno de manera intermitente, perfora el cerebro y le rompe la resistencia a cualquiera. La soledad del preso es apenas un respiro. Uno se relaja, afloja los músculos, libera tensiones y pone en su lugar las emociones y los sinsabores. Mientras no hay tortura, sin embargo, le queda al torturado el efecto, la huella o el síndrome del castigo; a uno le tortura la tortura, aunque en la celda no haya torturador presente. La actitud del preso sigue siendo la misma, la de sentirse amenazado en su integridad física y en su futuro inmediato. La presión psicológica le da vueltas en la cabeza a uno. ¿Qué haré para salvarme?, ¿decir que soy un agitador, un conspirador, un despatriado? Ni por ocurrencia daría nombres falsos, direcciones inventadas, líderes clandestinos, financiamientos inexplicables, planes maquiavélicos, con eso no podría salvarme ni salir de la cárcel —a pesar de que deseo ser libre. Así sigue la tortura, ahí está en el interior de uno con su martilleo que asusta el alma, crispa los nervios, desmaya el cuerpo y quita el aliento para vivir. Pasa un minuto, una hora, un día y uno quiere vivir; mas uno se haya como muerto —le ronda a uno su propia y velada amenaza de muerte. El arrojo de hombre, la dignidad de ser, de luchar, de resistir se pierden y ya no aspira uno a recuperar la libertad perdida. Y en el colmo de esta forma despiadada de autotortura cada quien se desploma con su voluntad, al grado que ni siquiera nos sorprende si el torturador y su tortura retornan amenazantes con el pocito, los toques, la capucha, los pulgares y no sé cuántas cosas más para el prisionero; es decir, estamos como idos ante lo que viene, así no haya más

golpes, más castigos, más intimidación, más amenazas y más represalias para revelar o por no revelar, y por callar o no callar lo

víctima, por lo menos en mi caso y en el de los propios estudiantes, hay un delito, un atropello, una injusticia no confesada por parte del sistema: no tuve y no tengo nada que ver con el movimiento estudiantil y ni con ningún grupo de otra lucha social o política, de clase o socialista, o como sea. ¿Y si hubiera tenido una participación en el conflicto del 68? ¿Cuál era el problema? ¿Era delito ser universitario? ¿Era peligroso reclamar democracia? ¿Era una rebeldía contra el gobierno manifestarse, reunirse, buscar ser escuchado, exigir respeto a la ley y a las personas? ¿Era de cuidado participar en la solución de los problemas del país? Por mi parte creo que no; pero --por lo que hizo el gobierno-- para los gobernantes creo que sí. Aun así, ante mí el torturador vuelve ciego, torpe, inútil, inconsciente, insensible, ignorante y criminal para repetirme otra dosis de tortura: hace preguntas, aprueba respuestas, amonesta silencios y ejecuta en su presa dos o tres operaciones más de su manual de represión reglamentario o de su inventiva personal. Y si con esto llega a la verdad del asunto, a la complicidad de uno con el movimiento universitario y con su causa, su ideal y sus convicciones, su *leit motive* existencial de condenado y condenable, entonces con las pruebas confesadas por el reo, éste no tiene ninguna escapatoria.

"Este buey no quiere declarar mi jefe, ¿qué hacemos?" --le dijo un subalterno al militar encargado de investigarme. "¡Ya sabes!" --le respondió el militar. "El muy cabroncito nomás se declara inocente, luego se desmaya y se acaba la sesión; ni aguanta nada" --afirmó un tercer elemento. El primer soldado me vendó los ojos y la boca, ató mis manos por la espalda y me hizo salir de la celda. Caminamos por un pasillo largo, subimos y bajamos escaleras, dimos vuelta a la izquierda y luego a la derecha hasta llegar a la superficie. A veces, en algún punto del subterráneo oía gritos, vociferaciones y gemidos de otros reos y el terror del lugar me erizaba la piel. Afuera --a campo abierto-- andamos también varios minutos, bajo el frío de la noche recién comenzada; ellos con una idea clara de adonde dirigirse y yo sin el menor indicio del sitio que recorría. "Aquí te vas a quedar cabrón. Aquí no hay nadie y ni quien venga a rescatarte. No te vayas a mover por nada. ¡Por vidita de Dios o te mueres! Tan pronto te muevas de aquí o jales para algún lado, aquel amigo de posta se encarga de ti y ya no amaneces. Aunque lo mejor es que ya no te hagas del rogar y dinos la información que te pedimos; si lo haces, te vas a casa mañana mismo. Ahí tú dirás si colaboras con nosotros o lo dejas a ver qué sucede; si te salvas o te quemas en la pira de cadáveres que hay allá atrás. ¡Ahí nos vemos!" --sentenció el soldado. Sus risas, sus voces y sus pasos se alejaron rápidamente del lugar. Me quedé solo, cavilando. ¿Me estoy aquí o me voy? ¿Si me voy, hacia dónde jalo? No sé ni cómo está el terreno, ni vería hacia dónde camino. ¿Y si me muevo y el soldado que me vigila me dispara? ¿Y si me hiere o me mata? ¿Y si no es verdad que un soldado me vigila? Mejor no me muevo, para qué arriesgarme. Lo único que me queda es permanecer aquí y aguantar sin moverme. Estoy cansado y no

podré aguantar de pie. No sé si cerca de mí hay un árbol o algo en qué recargarme; aunque no me atrevo a dar un solo paso, no vaya a ser que el guardia piense que me quiero ir. "¡Ena! ¿A dónde?



¡Párese o se muere! Le digo que se detenga. Allá usted, a mi ningún jijo de quien sabe quién se me va a pelar" --le oí gritar al guardia. Lo alarmado de su voz me asustó. "¡Zzzzzzzzz!", oí el balazo y ni me moví. Empecé a sudar un miedo y el temblor del cuerpo por el tiroteo, me hizo pedir al cielo que a mí no me tocara un balazo. "Son dos; no, son tres, allá van. ¡Pónganse listos! Que no se les pele nadie o nos lleva la chingada" --gritó otro soldado. "¡Zzzzzzzzz!". "Ya cayó uno" --afirmó un tercer soldado. "¡Zzzzzzzzz!". "Que no se escape el tercero"--pronunció otro guardia. "¡Zzzzzzzz!", silbó la bala demasiado cerca de mí. Algo me pegó en la frente, caí de bruces y me desmayé. Cuando desperté me hallaba otra vez en la celda.

"¡Amigo mío! Hágale un favor a la patria. Es joven y a su edad lo que le sobra es vida. Y aquí no puede vivirla ni tantito. No siga callando lo que sabe. ¿Qué se gana? ¿Para qué tanto silencio? ¿A quién protege? De esa manera lo único que logra es hundirse. Y tú no deseas soportar esta situación que no te conduce a ningún lado. ¿Qué más esperas? Mientras más callas, más padeces. Tu silencio no te va a salvar. Danos los informes que te pedimos y de volada te vas de aquí. Es más, yo mismo te llevo con tu familia. Sólo confirmamos lo que nos digas y luego te pongo libre. En cambio tu silencio es la cadena de una tortura a otro castigo, de un castigo a otro suplicio, de un sufrimiento a tu resistencia y de tu obstinación a más golpes, maltratos y vejaciones hasta que tu organismo con tu condición física, moral, emotiva y psicológica se desmoronen y termines en la locura o estires los tenis. ¿Te das cuenta? No te entiendo, no comprendo esa cerrazón, ese muro de silencio tuyo. La vida te espera allá afuera, igual tu noviecita" –peroraba el sargento conmigo. "¿Cómo sabe de mi novia?" —alcancé a decirle. "Aquí ya sabemos de tu familia, de sus movimientos, sus rutinas y sus horarios. Tus padres y tus hermanos están desconcertados, preocupados; van y vienen, buscan y quieren dar contigo. Tu familia supone que estás encerrado aquí, pero hasta ahora no tienen la certeza de que seas nuestro prisionero. Una de sus hipótesis es que te trajeron al Campo Militar No. 1 y ruegan que no seas uno de los muertos, heridos o desaparecidos del 2 de Octubre. Para saber de ti, tu padre y tu hermano acudieron con tus amigos de Tlatelolco, pero éstos se habían marchado de su departamento sin dejar rastro –ni nosotros supimos cuando se marcharon– y esa fuga nos tiene preocupados" --decía el sargento. "Si yo no tengo ligas con el movimiento estudiantil, mis amigos menos. Aunque si estaban en riesgo de alguna sospecha por parte de ustedes, fue mejor que se fueran. A nadie más le deseo mi situación. ¿Cómo es que saben de mi familia?" --cuestioné. "Ya no preguntes cosas tan

obvias; tenemos golondrinas en los alambres, especialmente en tu domicilio. Mejor déjame continuar mi charla, que para eso me pagan: tu familia no sabes si eres culpable o inocente y nosotros también queremos saberlo. Ya no protejas a nadie chamaco. Tú estás hundido entre la mierda, arriesgando el físico, mientras quienes están detrás de ustedes, andan tan campantes como si nada; por eso si hablas, podemos llegar a los peces gordos de todo este pinche lío y tú te salvas" –decía el sargento. "Ya apúrale" --terció otro oficial. "¿A quién proteges?" --preguntó el sargento. "A nadie" --contesté. "Detrás de ustedes está gente oculta, clandestina, que se esconde y no es visible para el gobierno; sus nombres no están en nuestras listas y tampoco han caído en la cárcel, y si ya los hemos atrapado ignoramos quiénes son y si seguirán el movimiento para derribar el sistema. Entiéndelo muchacho, el 68 fue un complot de extranjeros contra el país y a ustedes los utilizaron para acabar con la nación" --elucubró mi represor. "Lo que debo declarar ya lo declaré antes; no tengo más que agregar" --Concluí. "Con una chingada" --Soltó el sargento y alzó el brazo para darme un golpe en plena cara. "No lo hagas; deja que otros se encarguen de él" --le dijo el oficial mayor al sargento.

Preso, había que inventar la vida en el penal. ¿Qué vida puede llevar así un condenado? Sin un tribunal, sin un juez, sin un juicio, sin pruebas y testigos y antecedentes en contra mía que den pie a que un defensor actúe en mi defensa social, jurídica y humana. Eso sí, enfrento una causa irrebatible de culpable o incausado político. Mejor dicho de detenido, desaparecido y en cautiverio militar. A expensas de la arbitrariedad y la brutalidad de un ejército mal conducido ante la patria. La orden de arriba no dejó lugar a dudas. El hermetismo profesional de los militares cumpliendo esas órdenes, coartó otras opciones a la multitud, a la gente comprometida con el movimiento estudiantil --y a mí también. La pena de cárcel es de índole política *y* después del 2 de Octubre la represión tiende ultimar a líderes y estudiantes que pudieran resistir en la lucha más allá del 68. No más tardes de Tlatelolco, nadie vivo, libre y sin castigo, parece ser el mensaje, la consigna, la lección, el quid o la secuela de la mano dura del presidente. ¡Se les pasó la mano! ¿Quiénes volverían a ser una voz en las universidades? ¿Quiénes se harían presentes en las calles, plazas, fábricas, mercados, camiones, comercios, oficinas, casas y alamedas? ¿Quiénes dirían una vez más su ideario jovial, alegre, contestatario y propositivo con su D, con su L y con su J? ¿Quiénes llamarían la atención del mundo y en especial del pueblo con el escándalo de su protesta, de sus palabras y de sus letras: democracia universitaria, libre expresión estudiantil y penas a los autores intelectuales y materiales de la represión a los jóvenes del incipiente movimiento universitario? No más rebeldes y soñadores es el mensaje al mundo. La *Constitución* es traicionada para el resto del siglo XX y la democracia, la libertad y la justicia escritas en ella no serían una ley vigente en el país. Este es el encierro social que

vivimos; mi encierro privado bajo el resguardo de militares sin honor. "Tenía que cumplir con mi deber" --me dijo uno de los milicos de guardia que no reconocía el deshonor del ejército

manchado con sangre de los mexicanos indefensos, desarmados e inocentes. Universitarios que en un mayor número no eran militantes de ningún partido revolucionario y tampoco eran combatientes, delincuentes ni criminales. A lo mucho se les podía culpar de ser la voz y la presencia de un pueblo que accede a la cultura a través de sus jóvenes y éstos bajo el asombro del saber cobraron súbita conciencia y un interés inmenso por realizar aquellos valores no presentes en la vida cotidiana y a los que tenían derecho propio de reclamar para ellos y para el futuro de México. Estoy soñando, estoy hablando solo. ¿Qué puede hacer un preso con un celador sin un código de honor que no sea más que el de obedecer? ¿O con un gobierno cuya única salida es la represión? Quiero creer que hay una salida, una puerta o una posibilidad de que este encierro termine; no obstante, la puerta de la celda sigue cerrada, el celador no la abre y yo no puedo salir libre. Tampoco puedo perderme allá afuera cuando los soldados nos torturan en grupos y a campo abierto; ni que olvidados de mi nombre me marche a casa, sin que me busquen, me detengan o interroguen una vez más, y que mi estancia aquí no exista en ninguna de sus listas negras. Hoy descansan los represores, ¿quién sabe por qué? Alguna junta con los altos mandos o una reunión de emergencia con el gabinete presidencial para hacer un balance de su victoria, o no sé. Pero hoy no hay tortura ni torturador. Sólo el tiempo abruma, cansa, golpea y me recuerda el hambre, la sed, la suciedad, los malos olores, la magra comida, el agua sucia, los castigos corporales, las heridas del alma y las palabras de un testigo. "Es él" --un individuo desconocido le dijo a un soldado, refiriéndose a mí, el cual yo nunca había visto y no hubo entre él y yo mayor careo o confirmación de nada, ni quién era ni de dónde venía. Así sucede en el penal y en mi corta vida de preso. La pesquisa presidencial militar consistía en dar con los culpables. Con esta óptica, según la

autoridad y sin el menor indicio de serlo, soy un líder, un dirigente, un activista y, por lo bajo, un simpatizante del movimiento estudiantil derrotado el 2 de Octubre. Para esto, ahora se me han sumado hechos, pruebas, testigos, injerencias, relaciones, fotos, confidencias, suposiciones y una declaración de rebelde a la nación, de desacato a las instituciones, de subvertir al país y de ser un prorrojillo con una ideología extranjera que ha inducido a los jóvenes mexicanos a oponerse al gobierno en sus mejores causas y a darle la espalda a la inmerecida educación que hemos recibido en las aulas universitarias. "¡Firme! --fue la orden del oficial en turno. "Y un tribunal militar estará a cargo de dictar su sentencia próximamente" --agregó. No firmé; mi firma también sería agregada a este único expediente carcelario de mi vida.

¿Cómo escribir la historia?

¿Cómo puede escribirse la historia de un preso en una mazmorra y la vida fuera de presidio? ¿Y lo que uno es? ¿Y la vida y los sentimientos? ¿Dónde queda el presente y las ilusiones perdidas, secuestradas, desaparecidas? ¿Qué hubiera sido de mí si no caigo preso en el Campo Militar No. 1? Sin duda mi vida personal habría sido la misma y yo no la cambiaría por nada. ¿Quién iba a elegir el martirio, la angustia y el padecimiento de ser un hombre que puede morir en las garras de la soldadesca represora del régimen del 68? Yo por mi parte ni en pesadilla. Si no estuviera aquí en esta celda, mi día sería otro, a diferencia de lo tortuoso de vivir sucesos como los ventilados: así tras haber dormido como un tronco, me levantaría muy temprano, antes de que saliera el sol; empezaría el día con unos minutos de calistenia, trotando en el patio de la vecindad y haciendo algunas rutinas de mis ejercicios favoritos. Posteriormente me daría un baño refrescante de agua fría como una forma de mantenerme saludable; ya en plena acción, pasaría a la cocina a almorzar un guisadito del día anterior acompañado de un plato de ricos frijolitos con su salsa, sus tortillas y su jugo de naranja. Y para redondear el desayuno tomaría café caliente y pan de dulce, mientras conversamos entre familia y hacemos tiempo para iniciar el día. Después me marcharía a la Universidad, aunque durante la huelga no había clases de ingeniería, a hacerme bolas con eso del trazo de dibujos, los diseños de planos, las propuestas de proyectos de obra de construcción y las medidas y los cálculos arquitectónicos; luego me tomaría un ligero refrigerio para recuperar fuerzas y si mis compañeros y yo tuviéramos tiempo, nos echaríamos una cascarita de a refresco o de a caguama con los

estudiantes de arquitectura. Más tarde me iría corriendo al taller mecánico para ayudarle a mi jefe en la talacha de automóviles, la compra de refacciones, el cambio de aceite o de bujías, la prueba de frenos, la reparación del sistema eléctrico o lo que caiga. Y ya casi entrada la noche, por lo menos, llamaría por teléfono a la chica de mis amores o iría a verla de pasadita a su chante y si aún fuera temprano la invitaría al cine a ver una película; aunque después pusiéramos cara de pena los dos porque se nos hizo tarde, a ella la regañarían en su casa e igual a mí. Aunque a la medianoche tendría que aguantar a la familia, quesque, por estar estudiando, no dejo dormir a mis hermanos, cuando realmente sigo pensando en mi novia. ¿Y por cierto qué con mi mamá, mi papá, mis hermanos, mi novia *y* mis amigos? Sería muy bueno comunicarme con ellos; aunque fuera con la imaginación, porque aquí no dispongo de otro medio, y así supondría que les escribo una carta para contarles mis cuitas, decirles mis pensamientos y dejar al tiempo o al azar la remota posibilidad de que alguien las lea. Porque a un reo político el Estado puede llegar a desaparecerlo, pero a la historia no y ésta tiene que contarse...

6 de Noviembre

Viejo, madre, carnales:

Hoy no puedo saludarlos como quisiera y, como creo, es también su deseo: con un beso en la mejilla a mamá, con un abrazo en el hombro a papá y con una broma o travesura a mis hermanos para reír juntos de la lata que les doy cuando estoy en casa. Precisamente quisiera estar en el hogar, desayunar con ustedes, salir a la calle, ver a los amigos, visitar a mi novia, ir a la Universidad, arreglar un auto y echar la hueva al sol sentado afuera del taller mecánico de papá. Pero, en fin, no me es posible. Mi ausencia involuntaria en el hogar ya les ha de haber dicho algo. No, no me fui de la casa, ni me separo de ustedes, ni me fugué con mi novia; tampoco ando en malos pasos, aunque, esto último, yo mismo lo dudo. Mi ausencia los ha de haber puesto en alerta acerca de lo que viví y vivo --espero. Ustedes saben que no es mi costumbre ausentarme de casa y que, cuando salgo, voy con su permiso; además conocen el lugar, las personas, el tiempo, la actividad y mi interés en dichas salidas, y en esta ocasión no es el caso. Lo que me pasó, nadie lo esperaba. ¿Cómo decírselos? Estoy preso en el Campo Militar No. 1. Sí, la tarde del 2 de Octubre fui detenido por elementos del ejército mexicano y ahora me hallo encarcelado en un sitio criminal. Si aún ignoran mi situación y mi paradero es porque no puedo comunicarme con ustedes --ni escribirles una carta o hablarles por teléfono-- para contarles lo sucedido. Y quizá no sepan ¿qué hacer por mí?, ¿dónde buscarme?, ¿a quién acudir? y ¿cómo ayudarme? Por mi parte no puedo decirles dónde estoy, cómo me encuentro y qué pueden hacer por mí --a pesar de esta misiva imaginaria. Me decía mi padre: "No

vayas a andar con esos pinches revoltosos de los estudiantes o te van a meter a la cárcel y de ahí ¿a ver quién te saca?; a tus compañeros les va a ir duro, como ya se ve que los va a tratar el gobierno. Tú, tu vida normal de la casa a la escuela, de la escuela al trabajo y del trabajo a la casa para que no te pase nada". ¿Y ya ven, ya ven? Sin tener que ver nada con el movimiento estudiantil, aquí estoy preso sin saber de mi familia y ustedes sin saber de mí. Mejor hubiera tenido que ver con el lío del 68 y no ser nada más el chivo expiatorio de los militares, según le oí decir al sargento: "la idea era detener a cuanto sospechoso anduviera en el sitio del enfrentamiento". Y yo, en una de malas, no pude salvarme. ¡Vayan ustedes a saber por qué!

10 de Noviembre

Estimado hijo:

Desde el momento que nos dimos cuenta de que el gobierno preparaba un ataque a los estudiantes, esperamos minuto a minuto que vinieras a casa. Es más, de volada salió tu hermano mayor a buscarte, pero la tropa no le dio chance de llegar hasta el departamento de tus amigos y ni cómo llamarte por teléfono, marque y marque y nadie contestó la llamada. De lo contrario hubieras vuelto a casa y ahorita no tuviéramos ningún problema contigo. A la mañana siguiente, tan pronto pudimos pasar el cerco de los soldados, visitamos a tus amigos para informarnos acerca de ti y no los encontramos en su departamento de la Unidad Tlatelolco. ¿Cómo lograr entonces una pista de ti? Ese mismo día, por la tarde, otros de tus amigos se presentaron conmigo en el taller mecánico para decirme que un comando del ejército te golpeó y te detuvo contra tu voluntad. Tus amigos abandonaron una semana después su departamento, pero no podían irse sin avisarnos acerca de lo que te sucedió, pues temían por tu seguridad y nosotros también. El problema aún es grave, enterarnos si te llevaron preso al Campo Militar No. 1. ¿A dónde y por qué motivo? También supimos, desde temprano, que a los presos políticos los habían llevado allá. Pero tú no lo eres, quiero creer que no lo eras; confío en tu palabra de que no fuiste uno de los que se rebeló al gobierno y ahora está pagando las consecuencias de su desacato. No aguantaría que me hubieras ocultado y hasta negado tu participación en esa lucha estudiantil, que terminó con una cifra desconocida de muertos, heridos y desaparecidos. El trauma que causó, aún provoca estragos entre la gente --más en la que vive en y cerca de donde ocurrió la masacre,

asesinar estudiantes no tiene nombre. Hasta Guardias Presidenciales fuimos tu mamá y tus hermanos a buscarte. Ahí, después de días y horas de espera, un responsable de la PM nos recibió en su oficina y más que informarnos de ti, nos preguntó, investigó y cuestionó a nosotros sobre tu persona. Finalizó diciendo que no tenía ningún informe acerca de ti, pero que iba a investigar y, tan pronto supiera algo, él nos avisaba. Ahora sé que no debimos dejarle el número telefónico, ya es un hecho que el gobierno anda interviniendo los teléfonos de muchas personas o de las familias relacionadas con los estudiantes que estuvieron en el lugar de los hechos ese 2 de Octubre. Sospechó que no se nos dijo que estás o estuviste detenido en el Campo Militar No. 1, a pesar de eso te seguimos buscando. Tampoco se nos dijo que hayas o estés participando en el movimiento del 68 y si lo estuvieras también te tendríamos que buscar, eres nuestro hijo. Pues una cosa son las ideas de lo que son y han de ser los hijos y otra cosa son los hijos mismos y yo como tu padre te estimo como nunca.

13 de Noviembre

Hijo:

Sabía que algo iba a pasar y a ti te ocurrió hijo. Mi intuición de madre me lo avisaba. Todo el día estuve con dicha inquietud y, más por la tarde, hasta que nos avisaron lo que sucedía en Tlatelolco y rápido quise ir a buscarte. Tu padre y tu hermano fueron en lugar mío y no les fue posible traerte a casa; si hubiera ido yo tal vez habrías vuelto a casa conmigo. Desde esa noche hablamos a la delegación, los hospitales, la Cruz Roja y la procuraduría para investigar tu paradero y, en esos lugares, la respuesta era la misma: no había nadie con tu nombre en ningún lado. En la mañana del 3 de Octubre, tu hermano y tu padre de nuevo acudieron a la Quinta Delegación y a la Procuraduría de Justicia del DF y no supieron nada; tu hermana y yo nos dimos a la tarea de visitar la Cruz Roja, los hospitales Rubén Leñero, La Raza, el 20 de Noviembre y el Hospital General y ni un dato de ti. Aunque yo ya estaba segura que algo muy feo o malo te pasaba y ya no tenía sosiego ante todo lo que había ocurrido esa noche en la Plaza de las Tres Culturas. El día cuatro --después de que tus amigos nos dijeron que los militares te habían llevado en un camión de redilas-- acudimos al Campo Militar No. 1, donde, tras muchas horas de antesala, se nos dijo que al día siguiente tendríamos una cita con un oficial encargado de estos asuntos de detenidos y de los estudiantes que protestaron contra el gobierno y esas cosas. Pero al otro día nos dijeron lo mismo, que regresáramos mañana y con todita seguridad si nos atendería, hasta que varios días después por fin pudimos verlo y hablar con él para preguntarle por ti. Nosotros le informamos lo que sabíamos de ti, él no sabía nada, por eso nos dijo que se iba a informar qué brigada te había agarrado, el motivo de tu detención e indagaría

si te habían trasladado ahí. Nosotros le hicimos saber que tú no tenías nada que ver con los estudiantes y aunque él no lo puso en duda, nos aseguró que investigaría y de localizarte, nos pondría al

tanto por teléfono --para eso tu hermana le dio el número telefónico. Un par de días después nos llamó a la casa para comunicarnos que no había el menor dato, ni bueno ni malo, acerca de ti en Guardias Presidenciales, que ningún comando militar te había detenido y que mucho menos te hallabas preso ahí. Creo que ese hombre nos dijo la verdad, no obstante, siento, pienso, estoy segura que sí, que estás efectivamente en ese lugar. Cuando entramos ahí, me inquietó más tu ausencia como si te fuera a encontrar y cuando regresamos a casa sentía como si te dejara en un gran peligro. Acerca de esto no se me ocurrió decirle al oficial que me permitiera pasar a buscarte yo misma a todos lados; él nos dijo que personalmente se había encargado de ver en todas las instancias y con todos los elementos relacionados con un caso así, y nada. ¿Ahora qué haremos para encontrarte? ¿Para que vuelvas con nosotros? ¿Qué hicieron de ti los soldados? ¿Acaso te mataron de un tiro o simplemente te desaparecieron? No quisiera que fuera así, hijo mío. ¡Si Dios me hiciera el milagro de volver a verte¡

Carta a mi madre

22 de Noviembre

Ma:

Si los volviera a ver, vería por todos aún más de lo que lo he hecho a la fecha. Por mi padre para que ya no trabajara toda la semana en el taller mecánico, sino que descansara también el día sábado y la viera un poquito más a usted. A usted Ma para que ya no se fatigara tanto en la casa con el quehacer diario con la ropa, la comida y los trastes y así pudiera ver más la televisión u oír la radio. (¿Por cierto qué han dicho de los estudiantes en la radio que escuchaba antes del conflicto? ¿Contaron lo de siempre: que los estudiantes provocaron al gobierno, que los manipulaban intereses oscuros a México, que no buscaban solución a sus problemas sino desestabilizar al país? ¿Igual justificaron la represión y bajita la mano defendieron al Presidente, al ejército y a la policía? ¿Cómo saberlo desde este maldito lugar? El tiempo lo dirá.) A mis hermanos por ser más chicos que yo, les ayudaría a salir adelante, a uno con sus estudios y a otra con su carrera corta de corte y confección; aunque eso de los estudios ya no me gusta nada por lo del 68, no sea que le vaya a ocurrir a mi hermano lo mismo que a mí. ¡Ni Dios lo quiera! Yo por mi parte si saliera de ésta, ya no me pararía para nada en la Universidad. ¿Para qué? Ser estudiante en este país es un peligro, es ser delincuente, un hombre sin libertad, un pueblo sin derechos, una nación reprimida y no sé cuántas cosas más. Y quizá nada más lo piense y ya no pueda hacer algo por ustedes. A mi novia dígale lo que pasó, no vaya a suponer que ya no la quiero y que rompí con ella, sin avisarle ni explicarle nada. Dígale que no se preocupe por mí, que, a pesar de todos los problemas por los que paso aquí, haré todo lo posible por salir, por ser libre y

volver al lado suyo y de ustedes como antes, sobre todo al lado de ella. Aún no teníamos planes futuros, imagínese si los hubiéramos tenido ¿cómo hubiera quedado con ella? Ella es mujer y su familia habría pensado mal de mí, se les habría hecho difícil aceptar que me agarraron siendo inocente y que no me dejan salir del Campo Militar No. 1, pues aquí investigan mi posible participación y complicidad y quieren achacarme dichos cargos quienes me tienen preso aquí. Ma, si no nos volvemos, créame que siempre pienso en usted, aunque la viera poco en casa o usted hablara poco conmigo, y sé que usted me busca y me espera vivo, sano y salvo en nuestra casa. Si algo me pasa, Ma, dígales a todos lo mucho que quise a cada uno tanto como la quiero a usted, y yo también deseo verla pronto en casa, pero eso ¡sólo Dios lo sabe!

15 de Noviembre

Amor:

Si no estuviera preso en el Campo Militar No. 1, me gustaría estar contigo. Ver tus ojos, oír tu voz, escuchar tus palabras, tocar tus manos, besar tu boca, rodear tu cintura con mis brazos. Corretearte en el verde pasto del parque donde me atraparon. Invitarte al cine a ver una película de amor, de sueños, de mañana y salir ilusionados de la historia sintiéndonos el galán y la damisela de la trama. También me gustaría ir contigo a misa los domingos y oír que alguien nos cuida, aunque hoy no me cuidó nadie y platicar horas de ti y de mí. Y los sábados llevarte —con el permiso de tus papás— al baile en el salón Los Ángeles, pasando juntos todo el tiempo y tararearte al oído nuestra canción de amor. Igualmente me gustaría saber que no estás lejos de mí y que no estoy lejos de ti, que tú todavía piensas en mí y yo, aunque no te olvido, hasta me hablo de ti para pasar tranquis este martirio que me tiene al borde de la locura. Si no es que creer que te escribo una carta, un recado, un pensamiento y te los envío ya es la sinrazón de un preso encadenado a la injusticia que vivo y tú desconoces. No, no te he olvidado y espero que tú tampoco me hayas olvidado. A estas alturas, espero que alguien de la familia ya te haya contado lo que me pasó. Sí, sé que no podrás creerlo y yo tampoco me convenzo de ello. ¿Que qué me pasa? Ni yo mismo lo sé bien. Primero me agarraron, después me trajeron aquí detenido y ahora me quieren culpar de algo que no he hecho, y lo que es más vil quieren obligarme a que me eche la culpa de que soy uno de los estudiantes que luchaba contra el gobierno. ¿Y por qué habría de serlo? Si la política no es mi fuerte, ¿Que por qué me han hecho preso? Vayas

tú a saberlo, para ellos mi credencial fue el pretexto o que por ser estudiante yo era peligroso y, sobre todo, porque me encontraron ese día en Tlatelolco. ¿Y si no hubiera sido ese día, tal vez me habrían agarrado después? ¿Quién sabe? Lo cierto es que caí y ahora sin ningún motivo me culpan de todo: de la rebelión de un pueblo que se ha levantado cívicamente, con una actitud revolucionaria que ha asustado al gobierno y éste por miedo y prepotencia ha reaccionado autoritario, violento y criminal, asesinando estudiantes, hiriéndolos y desapareciéndolos, entre ellos a mí. Te decía, no sé qué me depare la suerte de hoy en adelante, si salga de Guardias Presidenciales, si sufra cadena perpetua o si me maten un día cualquiera --ya que a los compañeros, digo, a los demás estudiantes detenidos no sólo los torturan como a mí, sino los matan. Amor, si no hubiera ido a Tlatelolco ese día, de seguro estaría hoy contigo, no tendría por qué contarte nada de esto. Pero nadie sabe lo que a uno le depara la vida y a mí me tocó padecer toda esta zozobra.

19 de Noviembre

Cariño:

No has venido a mi casa, no te he hallado en la calle, no te he visto y ni siquiera has enviado un recado con mi amiga. Así he pasado los días desde que te llevaron los soldados, según me contó tu mamá. Ya son semanas que no vienes a verme ni hablas por teléfono y no me escribes una carta. Pues hasta los presos le telefonean a su familia o le mandan cartas y postales de paisajes y recuerdos con un bonito pensamiento suyo, pero tú no. Tú no te acuerdas de mí y si te acuerdas ya no deseas saber más de mí, y no quiero que eso pase entre nosotros. Tú y yo ya no podemos olvidarnos uno del otro, por lo menos, así de fácil no. Si no puedes verme por alguna razón, yo esperaré verte pronto, así tardes en volver con tu familia y conmigo. Yo no te olvido y pienso que tú a mí tampoco. He ido con tu madre aquí y allá a buscarte, a pedir informes de ti, a tratar de que te dejen salir pronto. Pero no hemos tenido suerte en ningún lado; la única respuesta es la de que no saben tu paradero. Hasta nos dicen que probablemente ya te fugaste de la casa y nosotros buscándote todavía, aseguran que ya estás grandecito y que fácilmente pudiste ya decidir tu vida. En esos momentos tu mamá no les hace caso y yo menos. Me paso las tardes pegada al teléfono por si recibo una llamada tuya para decirme dónde y cómo estás, esperando saber qué puedo hacer por ti, pero el teléfono sigue muerto. Perdón, no quise decir esa palabra, ya tenemos demasiados muertos con el 2 de Octubre y muy negras noticias acerca de que a los presos políticos los están matando poco a poco en el Campo Militar No. 1, por lo que tememos por ti. Luego que un oficial le informó a tu familia que ahí

no estabas preso ni retenido, todos: tu papá, tu mamá, tus hermanos, tus amigos y yo volvimos a pedir tu libertad, diciéndole al oficial que ya no te negaran; pues el 2 de Octubre por la tarde, los soldados te detuvieron, te golpearon y te subieron a un camión de redilas que de la unidad habitacional se fue con rumbo desconocido y la gente rumoraba que los estudiantes estaban presos allí. Pedí que te dejaran libre, para volver con nosotros, porque además tú no tenías culpa en lo del 68. El oficial militar que nos recibió nos contestó: "Lo siento señora --dirigiéndose a tu madre-- aquí no tengo informes de él; los voy a pasar con mis superiores, para que ellos mismos les digan que no sabemos nada sobre su hijo. Yo no le estoy ocultando nada y si su hijo estuviera aquí y no tuviera nexo con la lucha estudiantil, ahorita mismo se los entregaría para que con ustedes se fuera libre a su casa". No sabes lo desconsolada que regresé con mis padres, casi sin esperanza; tus papas, tus hermanos y amigos volvieron aún más desanimados y desesperanzados que yo. Si ese día no te hubiera dejado ir a Tlatelolco, ahora seguirías aquí conmigo y los dos pasaríamos la vida con toda su alegría, pero el 68 también te tocó a ti.

23 de Noviembre

Carnal:

Los días se han hecho semanas y esperamos que los meses no se conviertan en años sin saber de ti. No hay noche que un recuerdo de mi hermano o mío no te mencioné en nuestra charla, durante la merienda o la cena; al ver la tv con mis papás y mientras llega la hora de dormir. Inclusive, cuando estoy sola en casa te añoro cerca de mí: jugueteando conmigo, haciéndome enojar y, ante todo, logrando que sea agradable este hogar; al tomarme en cuenta para que fuera más alegre mi momento de existir y con la certeza de que todos íbamos a vivir juntos: viéndonos, escuchándonos, apoyándonos y muchas cosas más, pero tú no estás. Y esta frase no es el verso de un poema, que los hay muchos y bonitos hablando de amor y es amor por lo que yo te escribo —esta sentida carta que quizá jamás llegue a tus manos—, para decirte que te recuerdo. Mi otro hermano también te añora, aunque él no te escriba cartas. De mi parte trato de que tu ausencia, tu detención, tu desaparición o lo que sea no me duela, aunque me duele. Trato de no llorar como mamá que, alguna de las noches o alguno de los días que hemos pasado sin ti, llora sola y callada procurando que nadie la vea y la escuche, para no entristecernos y hacernos la vida más difícil de lo que ha sido. ¿Por qué a ti hermano, por qué, por qué...? No lo sé y mis lágrimas se derraman. Aunque estoy segura que sí tú estuvieras a mi lado, y esta segunda frase no es tampoco el verso de otro poema, me dirías tiernamente que fuera valiente y decidida para afrontar la vida, sus problemas y obstáculos para salir adelante, que no llorara una sola lágrima por tu ausencia; y estoy mucho más segura que también me dirías que, aún sin ti, fuera capaz de

vivir la vida junto a la familia, sin un lamento y sin atormentarme por nada. Pero no puedo, te juro que no puedo. Y lloro por ti, lloro sola, lloro callada como llora mi mamá por tu ausencia, porque no merecías que te hubieran llevado preso al Campo Militar No. 1 y acá, en la colonia, ya nos contaron los padecimientos físicos, psicológicos y morales que tú puedes haber sufrido o sufres en una lúgubre mazmorra. O si han hecho contigo algo más y pudieras ser uno de los desaparecidos o muertos, como cuentan las voces de los vecinos en las casas y las calles del barrio, porque dicen que ciertos estudiantes conocidos que antes habían venido a agitar su lucha por estos lares, no los han vuelto a ver a la fecha y tampoco saben que pasó con ellos. Muchos creen que ya no viven porque si no ya habrían vuelto a las andadas. Pues quienes alguna vez prueban la libertad, libres quieren vivir, pese a que el Estado haga cualquier cosa por verlos sometidos. Ya mejor le paro porque mientras pensaba en ti, me salieron unas palabritas como versos y hasta ideas revolucionarias te estoy escribiendo. Lástima que no estás aquí conmigo, para que me dijeras si te gustan. Pero no, sólo estoy sola y no puedo dormir; la casa, la calle, la ciudad parecen solas porque la infamia que vivimos en Tlatelolco aún nos duele y no la podemos olvidar. Más que en la ciudad es raro quien no tuvo un hermano, un primo, un tío, un sobrino, un padre, una madre, un abuelo o una abuela envueltos en la refriega de ese día y que pertenecía al movimiento. Y ni idea tenemos nosotros de por qué luchaban, únicamente sabemos de aquellas cosas que se decían por la tv. Pero ni a quién creerle, después de lo que pasó. Mientras la vida sigue, papá dedicado como siempre a su trabajo y ahora es nuestro otro hermano quien más le ayuda; mamá me necesita mucho más que antes en las labores hogareñas y mutuamente nos ayudamos las dos para hacernos fuertes a la hora de recordarte. Por lo que fingimos entereza, simulamos alegría y tratamos de reír juntas, platicar o contar un chiste para no desplomarnos, no desfallecer, no estallar de ira y dolor contra la represión que sufriste o sufres. Contigo se nos fue una parte de nosotras y lo que

te hicieron a ti también se lo hicieron a toda la familia, nos quitaron a un hermano y a un hijo, nos hicieron perder la vida, tu vida, y no tenían derecho de hacer de ti lo que quisieran. ¿Por qué en este pinche país no se respetan las leyes caramba? ¿Por qué es a los pobres, a los jodidos, a los que más les pasa todo? Con una chingada...

27 de Noviembre

Carnales:

La vida que un día nos unió, ahora nos separa temporal o definitivamente. Si no volvemos a estar juntos los tres, la vida corre franca y llena de ilusiones para ambos, los dos pueden vivir sus sueños y realizarse individual y familiarmente. El mundo es suyo y no duden nunca de alcanzar sus metas ni debido a lo que acontece en el país, ni a lo que hace este gobierno y, mucho menos, por lo que me sucede a mí. Valdría la pena regresar a casa y estar con ustedes otra vez. Mas eso no depende de mí, sino del destino o de lo que decida aquí quien me ha apresado contra mi voluntad. Si muero sin una tumba, sin un rezo, sin una misa, sin agua bendita, sin velorio, sin sacerdote y ustedes se enteran de mi muerte, deseo que el dolor y el luto de mi tragedia no se vuelvan una carga en su vida, en su corazón y en su memoria. La sola espera de verme tornar a casa, la pesada incertidumbre de no saber de mí, ya es para ustedes y para mí una especie de muerte que no es fácil llevar día a día, hora a hora. Por eso quiero que mi recuerdo no sea un fardo en el alma que no los deja vivir, no hagan de mi desaparición un epitafio imborrable y de su vida una tumba para mí. Si muero deseo que la vida para ustedes siga igual como si yo viviera, como si el régimen no hubiera acabado conmigo y yo estuviera presente y vivo en el porvenir de la nación. Yo no caí en la mira de la represión por mi cuenta, a mí me metieron a la fuerza en el Campo Militar No. 1 e igual que ustedes estoy a la espera de una noticia que no llega; los días y las semanas corren con su cuota de dolor y la represión me acecha con su daga de muerte y la llevo a cuestas en las prolongadas noches de desvelo sin fecha y hora. No

obstante, el desenlace trágico no llega; aunque tampoco me ofrece un respiro, una posibilidad, una esperanza y es también

otra especie de muerte que me mata. Si no aparezco, denme por muerto; y, si mi cuerpo no les es entregado, pongan en la tumba de un desconocido, que caí el 2 de Octubre luchando por la libertad de México y que mi causa era el ideal de la juventud del 68. Pues tal acontecimiento se coló en mi vida e historia, en la de los estudiantes y de mi país, y, si antes no fui un luchador, pongan ahora que lo soy y lo seré no por mi voluntad, sino como un encarcelado que no alcanzó su libertad y murió tras las rejas de una amplia lucha social por el hermoso y revolucionario derecho a existir en una nueva sociedad.

SOS

2 de Diciembre

A quien corresponda:

Voy a pedirle a quien encuentre este puñado de cartas las publique, las difunda y las haga llegar a mucha gente como una forma de dar a conocer una historia que no debió pasar jamás en México. Le escribo al mundo, a mi patria y a ti, apreciado lector, para dejar un legado y un testimonio de la esperanza de una lucha social que no debió de ser liquidada porque aspiraba a la vida y una libertad social que aún se reclama a las puertas del régimen actual. Una vida así es lo único que importa y uno la quiere vivir libremente, fuera de la cárcel y sin 68's. Aquí preso lo escupen a uno, le mientan la madre, le mean la comida —si se puede llamar comida—, le parten el hocico, casi lo matan y todavía esperan que uno diga que es culpable de todo lo que los militares consideran que eso los va a justificar de su acción brutal y criminal del 2 de Octubre. ¿No les bastaron los muertos? ¿No fueron suficientes los inocentes caídos en la Plaza de las Tres Culturas y me refiero a ancianos, mujeres, niños y hombres que para su mala fortuna se hallaban presentes aquella tarde del multihomicidio? ¿No tuvieron con los heridos, detenidos y desaparecidos que fueron víctimas de la represión violenta del régimen? Uno se pasa aquí contando una espera interminable y transcurre un día, una semana, un mes, un año y se acaba la esperanza de vivir y de alcanzar la libertad, y la historia se repite. Uno aquí es nadie y nada, a uno lo tortura la debilidad, el hambre, la enfermedad y éstas mismas le castran los sueños; uno sufre el miedo a la muerte, uno vive una loca desesperación, uno se da de topes en la pared por salir corriendo de aquí dueño de su vida y de su libertad y uno desea que el encierro termine de una buena vez y

para siempre; aunque no en la muerte, sino vivo, libre y sin represión política y noches de Tlatelolco. Mientras los soldados

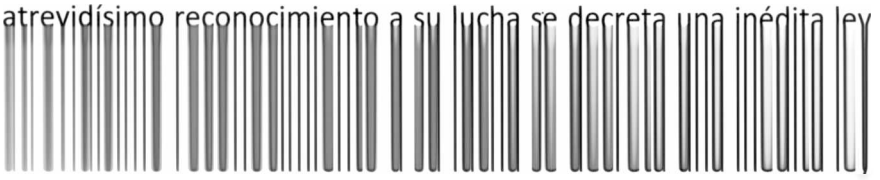
sí mismos), del sadismo que experimentan y la saña con que torturan a uno, a muchos y a todos por oficio (profesional, remunerado y a nombre de la patria) con una especie de vocación adoctrinada, educada, especializada y empeñada en ganar y recibir los laureles y los honores de una sociedad sometida al autoritarismo y la barbarie. Los soldados entran y salen del presidio: son los carceleros con un tiempo, un deber y una meta en la cárcel, la cual después de cumplida se les tiene prometida la vida, la pareja, los hijos, la familia, los amigos, la calle y la libertad fuera de Guardias Presidenciales sin cargos de conciencia y sin culpas penales. Ellos no vivieron el 68 como nosotros, a ellos la historia los designó como los victimarios, para ellos someter *y* castigar era solo una rutina. Y aquí la vida es el único resquicio de salvación para uno y depende de resistir, de aguantar, de conservarse, de soportar el siguiente golpe, de no caer en la última calentada, de mantenerse claro, ecuánime y sereno; y, si se puede, recurrir a todo aquello que uno pudiera para garabatear la libertad, por eso escribo una y otra y muchas cartas, de uno y otro capítulo que hagan un libro y no un panfleto para la memoria y el país de los futuros mexicanos.

Nadie me va e dejar salir del Campo Militar No. 1 lo presiento y lo lamento hondamente. Del susodicho juicio, del que les conté, no ha habido noticia. Cuando el sargento me habló de dicho proceso jurídico, por un momento creí que habría un tribunal, un juez, un fiscal, un abogado defensor, un leguleyo demandante, un acusador, una acusación, un delito, cargos, pruebas, careos, testigos, revelaciones, deliberaciones, periodistas, mi familia, un auditorio, una sentencia y una pena, pero de todo eso no ha habido nada. ¡Ni creo que lo vaya a haber! Si lo hubiera prepararía de antemano el alegato de mi caso, los argumentos de mi defensa, el juicio tentativo de una historia que se niega a ser sepultada en este penal y, por ende, tendría la posibilidad de ser escuchado por la Justicia con la intención de aportar pruebas acerca de mi inocencia respecto al delito político de luchar contra el poder y la voluntad del gobierno. Mas ni en una ocasión pude salir de mi mazmorra ante un tribunal militar o civil, para defenderme y recuperar por mí mismo la libertad perdida. Por eso, en el interior de esta crujía y en el pleno uso de la razón y el derecho que le corresponde a todo ser humano, concurro frente a un honorable tribunal de la Historia para exponer la injusticia, el testimonio, la verdad, el sufrimiento, la acusación, el reclamo y la esperanza de ser escuchado por un juez. Quien con la ley en la mano y tras un análisis mesurado y detallado sobre mi detención el 2 de Octubre y aunado a los oprobiosos acontecimientos del 68 sea capaz de aplicar la justicia debida a mi caso; y, de ser posible, al de todos los demás que estén involucrados en dicho proceso político, moral y jurídico. En tanto, este juego de la imaginación es la única manera de que dispongo

para enfrentar el presidio, para sobreponerme a lo que vivo y para luchar por sobrevivir a mi eventual aniquilación psicológica, moral y física como presidiario: por eso pienso, escribo, cuento, narro, expongo y conservo este diario, que llevo en la memoria desde aquél triste día que caí en las garras de los militares, y lo hago con el propósito de hacer una denuncia de las vejaciones mil que de manera personal sufrí y sufrieron incontables sobrevivientes de la Plaza de las Tres Culturas. Cuyas voces públicas guardo celosamente de formas diversas en un borrador de estas páginas que escribo, sin lápiz ni papel, sobre una de las paredes de mi prisión y con ellas integro una visión general del movimiento en la que intento comprender el pensamiento y el legado de los estudiantes en su lucha contra el gobierno autoritario de la época y desde este punto de vista reflexiono acerca del papel que jugaron cada uno de los funcionarios en la lamentable noche de Tlatelolco.

Esta lucha involuntaria comienza en la memoria forjada a lo largo de trescientos sesenta y cinco días y sus noches de represión a un servidor. Quien lo desee puede ver escrito los pormenores de esta historia en la pared de mi celda. Ahí dejé escrito un diario imaginario que la memoria salvó con el paso de los años y ahora difundo a través de la lectura interesada de todo aquel a quien mi relato le sirva para hacerse un juicio tentativo acerca del 68 y a mí para no dejarlo como un incidente pasajero y sin importancia en la vida de mi país. Sin papel y lápiz atesoré las palabras: las voces de los reprimidos, los silencios, las señales, los datos, las fechas, los símbolos, los pensamientos y la eterna espera; en ellas cifré la apuesta de ser escuchado en un día futuro por el celador de mi celda, por el sargento que me detuvo, el oficial que me investigó, por el policía de mi barrio, por mi familia, por mi novia, por mis amigos, por los estudiantes, por mis maestros, por el político, por la gente, por el sacerdote, por el periodista, por el Procurador, por el Regente, por el Secretario de Defensa, por el Secretario de Gobernación y por el Presidente de la nación. ¡Claro, a un pobre e indefenso preso quien va a escucharlo! Sin embargo, la peor lucha es la que no se hace y esa no depende de mí, sino de ti, de muchos y de una sociedad más consciente y participativa. Por eso estoy aquí como un personaje con voz y sin rostro en una historia que más de uno quisiera ver aún resguardada por las bayonetas de los militares y mi caso tenerlo soterrado tras las rejas de una prisión desconocida en el fatídico Campo Militar No. 1, mas este relato tiene el propósito sencillo, elemental y humano de rechazar la impunidad de los ejecutores de los crímenes políticos del movimiento estudiantil y, en lo posible, de que no se repitan aquéllos en el presente de los mexicanos. Así, escribir tiene sentido si hoy

un abogado, un estadista, un juez, un legislador y una sociedad recogen el sentir y el ideario de los estudiantes del 68 y en un atrevidísimo reconocimiento a su lucha se decreta una inédita ley



mexicana que no le permita al primer hombre de la República, y a ningún otro funcionario público, reprimir policiaca y militarmente a los movimientos sociales pacíficos, bajo la pena de ser destituido de su cargo por abuso de autoridad, violación a la *Constitución* y delitos de lesa sociedad ---de lo contrario, el Ejecutivo tendría manos libres para reprimir a un pueblo que legítimamente defienda sus derechos en las calles de México.

Desde la cárcel es muy difícil escribir sin lápiz ni papel, si acaso cuento con la complicidad de una pared que se asemeja a la hoja de un cuaderno imborrable que conserva un cofre de palabras trazadas ficticiamente con el dedo índice de mi mano derecha, mientras pienso —argumento, repaso, sopeso, sugiero, debato, replico y planteo— cierta manera de comprender los sucesos personales y los multitudinarios de esta historia de represión política, que ojalá escriba hasta su última página. Para eso deseo que ni un incidente trágico –venido de arriba– siegue mi corta existencia, para que pueda reclamarle al país el derecho a mi libertad y la de todo mexicano que aspire a que los jóvenes y los universitarios sean tomados en cuenta y respetados en México; sin la necesidad de lanzar sobre ellos los fusiles humeando de pólvora y los cuchillos tintos en su propia sangre. Con tal de que se vea por los estudiantes y también por los demás mexicanos que un día decidieron levantarse con sus ideas, con sus necesidades, con su justeza, con sus acciones, con sus anhelos y su esperanza de ver realizadas sus causas para lograr un país mejor. Pues en los libros se cuenta que a los Jaramillistas los juzgaron las balas y los campesinos perdieron una de sus batallas; que los mineros fueron reprimidos a mis dos años de edad y yo no me di cuenta; que a los ferrocarrileros les dieron palo cuando cumplía los diez abriles y tampoco me percataba del maltrato oficial a los trabajadores; que un año después a los profesores les tocó ser los perseguidos y que cuatro años más tarde el castigo ejemplar lo recibieron los médicos; que en el 66 me parecía lejana la lucha estudiantil cuando iniciaba mis clases de ingeniería en Ciudad Universitaria y esto sin contar que también a los telegrafistas, a los telefonistas, a los petroleros y a quién sabe cuántos más el régimen les cobró las cuentas de su rebeldía ciudadana. Pero lo que nunca me imaginé que —sin deberla ni temerla— la bronca actual me arrastraría a ser uno de los tantos inocentes caídos en desgracia bajo

las garras de la represión gubernamental. En esa retrospectiva la tendencia del poder era anular toda posible participación política del sector de los trabajadores al seno de la vida nacional, dentro de la cual los

estudiantes con su lucha se pusieron en la mira del palacio y fueron quienes sufrieron la represión más artera y criminal a fines de los sesenta, dado que el movimiento universitario era para su época el germen social revolucionario más desarrollado y había que suprimirlo a toda costa. Aún y cuando el poder tuviera la imperiosa necesidad de recurrir a la acción más descabellada, so pena de coartar libertades, anular garantías, imponer el terror y mediante un baño de sangre limpiar de estudiantes una ciudad rebelde, progresista y democrática.

Quien lo sabe puede afirmar que, cuando empezó el conflicto del 68, los estudiantes estaban ahí frente al enorme dinosaurio político y que con una alta probabilidad sus nombres, escuelas, actividades, campo de acción e influencias de grupo y corrientes políticas no eran una novedad para el régimen. Lo novedoso fue la sorpresa oficial de que el estudiantado de la ciudad de México superó con creces todas las expectativas, de que una represión policiaca continua terminaría por controlar cualquier tendencia y expresión estudiantil de lucha social, popular y reivindicativa en sus demandas gremiales o de la misma sociedad en su conjunto: fueran éstas por una reforma educativa, la autonomía de la Universidad, la incipiente democratización del país, el respeto y el cumplimiento de las leyes de la *Constitución mexicana* o una sensible aspiración socialista de forjar una nueva sociedad. Llama la atención que el gobierno se fuera por un despeñadero sin fondo, puesto que los universitarios habían resistido los embates de la dura represión que recibieron en el Distrito Federal, Sonora, Morelia, Puebla y otros lares de la república perpetrados por las propias fuerzas armadas del régimen; y que, aun así, los estudiantes citadinos se decidieran a enfrentar al gobierno represor, con lo cual el Presidente no supo entender que no era la política de represión la solución a las expectativas juveniles sobre la Universidad, la sociedad y el país. Y ahí, dando literalmente un gran salto en la historia de este relato, comenzó una revolución pacífica de la cual el poder haría posteriormente la noche más trágica de los sesentas hasta hoy, sin valorarla, sin reconocerla, sin aceptarla, sin darle su lugar, sin incluirla en la vida actual de los mexicanos. Pues en su rebeldía social los estudiantes con rostro, voz, nombre, derechos, principios, conducta, sueños, ilusiones y amores se atrevieron a hablar, actuar, sensibilizarse, unirse, organizarse, concientizarse y pelearle al régimen un espacio de poder que el Presidente no accedió, en ningún momento, a compartir para bien de una

sociedad. La sociedad había cambiado y los jóvenes lo manifestaban en su sentir, en su forma de pensar y defender en los hechos aquello en lo que ellos creían: un cambio legal, social, moral, educativo, cultural, político

y pacífico que el Ejecutivo no se atrevió a dar. El primer paso lo habían dado los estudiantes y el salto al abismo lo dio el mandatario de la República al temer ofrecerles a aquéllos la satisfacción de cada una de sus demandas —y aun así hay quien considera que a los estudiantes no había que concederles nada, ni entonces ni ahora.

La rebelión estudiantil se puede explicar por la inconformidad juvenil ante el poder, por el descontento social de los universitarios, por la falta de respeto a los derechos republicanos, por la ausencia de participación política de la juventud estudiosa en las grandes esferas de la política nacional, por aspirar a transformar la educación con un sentido social, por promover una relación de iguales entre el gobierno y la sociedad, por el compromiso y la búsqueda de los estudiantes en un nuevo país y por otras razones que se me escapan. Mas que no quepa duda, fue el poder quien reprimió el movimiento de jóvenes universitarios, cierto que en éstos había la inquietud social de actuar, participar, involucrarse y comprometerse en la lucha democrática, progresista y hasta subversiva. Y en esas andaban con sus compañeros y compañeras en las escuelas, en las aulas, en los patios, en los auditorios, en las salas, en las cafeterías, en los jardines, en las bibliotecas, en las clases, en las conferencias, en los paneles, en las mesas redondas, en los seminarios, en su casa, en las excursiones, en las calles, en los cines, en los museos y en su ir y venir por la Universidad, el Politécnico, las Prepas, las Vocas, las Normales, Chapingo, los colegios de paga y a través de sus periódicos escolares y sus organizaciones políticas y su entrega diaria, semanal o esporádica como militantes, activistas, simpatizantes convencidos o sólo dedicados a lo que sea para desaburrirse y pasar el rato. Y en esa lucha se hubiera ido el tiempo, de no ser que lo que más alentó la gesta juvenil, fue el trillado camino del poder con su pretensión de siempre por sofocar la mínima manifestación de resistencia del estudiantado, en cualquier lugar y momento del país, fuera ésta abierta o clandestina, legal o encubierta, debida a una influencia pública conocida o una cerrada organización política mexicana --o presumiblemente extranjera como lo sostenía el gobierno dentro y

fuera de la nación a través de los periódicos. Con ello el trato oficial a los jóvenes, a sus inquietudes y sus manifestaciones propició que su resistencia social creciera a un tamaño impresionante, siendo a la

vez más sensible, consciente, organizada, crítica, grande, fuerte, poderosa; aunque nunca al grado de proponerse derrocar al régimen en turno. Así el 68 surgió, entre otras cosas, porque al régimen se le ocurrió que al movimiento estudiantil podía oponerle una lenta, callada, tenaz, aislada, sistemática, individual, colectiva, rutinaria y extraoficial persecución *y* que una represión selectiva y masiva lo acabaría *ipsofacto* sin entender la historia de una sociedad que apoyaría cada una de las acciones de lucha de los estudiantes. Precisamente sociedad y estudiantes estuvieron juntos en el 68 hasta que ambos sucumbieron el 2 de Octubre, sólo temporalmente. Así el poder le puso unos ojos al movimiento juvenil y lo siguió día a día; siguió al CGH, a sus muchachos, a sus maestros, a sus "dirigentes", a sus comités, a sus brigadas, a sus simpatizantes, a sus apoyadores populares, obreros, campesinos, amas de casa; los siguió mañana y noche a sus casas, a sus encuentros, a sus acciones, a sus esperas y los identificó a cada uno y a todos les puso una clave, los jerarquizó, los relacionó y los seleccionó para llegado el momento actuar. Y al movimiento universitario le integró orejas, espías, agentes, dobles, porros, delatores y supuestos activistas comprometidos en la lucha estudiantil, para contar con información de primera mano e influir, maniobrar y hasta conducir el conflicto hacia un rumbo que terminara en contra del mismo movimiento. Así a los participantes en el conflicto los señaló, los persiguió y los acosó física y materialmente en el sitio y la hora en que ellos estuvieran alentando, organizando y preparando una jornada de lucha. De ese modo el régimen detenía a un estudiante, golpeaba a una brigada, hería a un joven, amenazaba a una universitaria, les levantaba acta a unos activistas, encerraba a un profesor y a otros jovencitos. Y el luto también recaía sobre los "luchadores", al morir uno de ellos a mano de los golpeadores,

guaruras, porros, policías y militares; ocurriera el deceso al interior de un centro educativo, durante la realización de una asamblea, a media calle tras la información de una brigada a un público, a las puertas de una fábrica, en uno de los centros de trabajo en provincia, en una plaza tras su mitin, en el sótano del Campo Militar No. 1, en un sitio clandestino desconocido o simplemente porque amaneció muerto y ya. En este trillado camino del poder, el régimen sucumbió antes que los estudiantes, antes que la sociedad, antes que la historia, antes que el derecho y antes que la verdad; pues ciego, torpe, infame, cruel, vil, irracional, iracundo, inconsciente, insensible e inhumano únicamente cerró la posibilidad de buscar un entendimiento entre ambas partes, para acordar mutuamente una verdadera solución al conflicto inicial que había surgido a raíz de la secuela de represiones gubernamentales y no a la inversa. Que quede bien claro, por eso era al propio gobierno al que debía importarle más la solución inmediata, total y definitiva a las demandas de la lucha estudiantil —gravísimo error oficial sería leer la historia de otra forma, los estudiantes únicamente buscaban recuperar el derecho y la libertad nunca tenidas frente a un régimen que pretendía imponer el poder como la verdad única, a obedecer y cumplir por los mexicanos y esto fue lo que los estudiantes no creyeron ni aceptaron, ni antes ni después.

Ahí viene el gobierno y con él un ojo, una libreta, una cámara fotográfica, un puño, una bala, un auto policiaco, un blindado militar, una julia, un tanque, un ejército, un contingente de granaderos, una represión callejera y alevosa, una invasión de planteles, la toma de la Universidad y del Politécnico, el asalto de asambleas y de mítines, el cateo de casas, una bayoneta, un rifle, un detenido, un encarcelado, una acta levantada, un desaparecido, una familia en busca de los suyos, un helicóptero sobrevolando, un bazukazo, un lanzagases, un carro antimotines, un jeep bélico, una cámara de cine, una kendo, una arma, un guante blanco, un batallón Olimpia, un halcón, un artículo periodístico, un spot de radio, un mensaje televisivo, un sermón clerical, un pronunciamiento de los politécnicos, una declaración de los universitarios, un agente civil, una llamada anónima, un aviso amenazador, una persecución intimidatoria, una madriza hiriente, una muerte sorpresiva, la policía preventiva, el servicio secreto, el DDF, la SD, la SG, una embajada sigilosa, el Palacio Nacional, un plan temerario, un diálogo lento, una solución retardada, una negociación cautiva, el tiempo que corre, la prisa del régimen, la lejana victoria del movimiento, los nervios que traicionan, el mal cálculo de la estrategia correcta, el límite de la autoridad, la cuenta regresiva, la cercanía de las olimpiadas y el 2 de Octubre que cimbra la conciencia, al poder, a la juventud, al pueblo, al país, a la historia y al mundo que lo vivió como si le pasara a él mismo: en Los Pinos, la embajada norteamericana, la SG, la SD, el DDF, la Plaza de las Tres Culturas, el ejército, la policía, el SS, la televisión, la radio, la prensa, la iglesia, los legisladores, la Procuraduría General de la República, los corresponsales extranjeros, los habitantes de Tlatelolco, los sobrevivientes, los caídos y en el *stablishment* todo,

todo terminó. El problema de los estudiantes por fin lo había resuelto el Presidente a favor de la nación, según él en su veredicto oficial hasta ahora conocido por casi todos, como si fuera la única y la última palabra. Y no hubiera otro juicio, otra opinión y otra versión no de los hechos, que esos no cambian, sino que la manera de entenderlos, explicarlos, decirlos y difundirlos a lo largo y lo ancho de nuestra tierra y llevarlos por el mundo, es una noble tarea que nos heredaron los grandes luchadores sociales de entonces y que el poder en turno sacrificó para detener la marcha de la historia e impedir --si se pudiera-- que oyera, se escuchara y se hiciera caso a un creciente clamor popular por alcanzar un México más libre y sobre todo democrático.

Ahí vienen los estudiantes y con ellos una voz, un ruego, una queja, un golpeado, una actitud, un valor, una conciencia, una protesta, una manifestación, una resistencia, un movimiento, una lucha, una demanda, un pliego, un paro, una marcha del silencio, una represión, un volanteo, un boteo, una pancarta, una consigna, un herido, un mural, un *collage*, una fotografía, una manta, un periódico, un programa de radio, un evento artístico, una asamblea, un contingente, una escuela, una guardia, una brigada, un comité, un CGH, un mitin, un representante, un desplegado, un detenido, un apoyo solidario, un servicio médico o jurídico a la gente, una denuncia, una declaración, un canto, un poema, una pintura, una pega, un letrero, una multitud, una bandera a media asta, un rector, una Universidad, un Politécnico, un encarcelado, un levantamiento popular, un ideal social, un poder juvenil, un sueño estudiantil, una rebeldía, un desaparecido, un silencio, un *impasse*, una búsqueda, una amenaza, una sanción, una calumnia, una muerte, un eco internacional, un diálogo, una negociación, una solución, una iniciativa, una cerrazón, un manifiesto, un Zócalo lleno, un régimen equivocado, una noche de Tlatelolco, una derrota, el autoritarismo más feroz, la represión más ciega y una historia y una memoria que no deben ser olvidadas por nadie... pues los estudiantes habían triunfado en todos los frentes, menos en uno. Sí, habían ganado todas las batallas: en el campo de las ideas, en el fragor de la lucha, en el auge del movimiento, en el tiempo de la resistencia y tarde o temprano la victoria social, moral y cultural habría sido suya. Con ello los estudiantes y el régimen se habrían levantado mutuamente el brazo como triunfadores. Lo que no pudo ser por el conocido golpe político militar que aplastó el

ansiado triunfo estudiantil. Y esa página de la historia no podemos imaginarla, en la que México sería otro: un país de libertades, un campeón del derecho, un baluarte de la democracia y un valiente

defensor de sus juventudes. Por cualquier ángulo que analicemos el 68, estoy convencido de que toda lucha social de la época estaba condenada a ser reprimida y, sin embargo, si los muchachos hubieran llevado por otros derroteros a un movimiento estudiantil de por sí pacífico, éste hubiera cobrado un mayor respeto y trato de parte del gobierno hacia la causa de los universitarios; si por su propia cuenta no hubieran caído en los desmanes, las trifulcas y los líos evitables con los porros, los agitadores y las fuerzas del orden; si, en vez de ir a la huelga, hubieran mantenido su asistencia a clases día con día y de esa manera hubieran resistido en su lucha desde el principio hasta el final, pues en una lucha política, o educativa, no es necesario ir a la huelga para pelearla y ganársela al propio gobierno; si hubieran emprendido un diálogo sin condiciones y con el gobierno hubieran buscado una solución conjunta al conflicto; si hubieran sido más hábiles en el logro de sus objetivos al dar más tiempo y alternativas en su lucha y en sus reivindicaciones frente al gobiemo, y demostrando que sus demandas eran justas y solucionables ante la opinión pública; si hubieran regresado oportunamente a clases a la Universidad entablando con el gobierno una agenda de diálogo para resolver sus demandas y si no hubieran acudido a la Plaza de las Tres Culturas el 2 de Octubre o se hubieran retirado a tiempo antes de la orden de fuego; y, sobre todo, si desde el inicio del movimiento hubieran previsto no confrontarse con el gobierno y tampoco acudir a la cita en la que fueron ultimados. La historia pudo haber sido distinta, pero no lo fue. (Porque irreversiblemente la única carta del gobierno era el 68).

Nadie supo a qué horas se quedó sola la Plaza de las Tres Culturas, únicamente la fría muerte hacía presencia en el sitio del crimen. En Palacio Nacional el comandante supremo de las fuerzas armadas recibía el parte de guerra, a cargo del general que había dirigido la operación. Largos minutos después uno salía en dirección a Los Pinos y otro iría a su aposento en Defensa Nacional. Nadie pensó más lo que había ocurrido la negra noche de Tlatelolco. Durante la madrugada, la matanza de estudiantes se había logrado exitosamente y mañana sería otro día. Pero no, para nadie habría otra historia. ¿A qué otro día se refiere, el del olvido? ¿Puede un país olvidar, un pueblo olvidar, un gobierno olvidar? ¿Alguien puede olvidar, el mundo puede olvidar, yo puedo olvidar el 68? Nadie debe olvidar la historia del 2 de Octubre. En la plaza mojada por la fría lluvia de la madrugada, el recuerdo del ataque militar sigue presente en la memoria de mucha gente, hace apenas unas horas terminó todo y ya no hay nadie allí. El ejército mexicano se ha llevado el último cadáver, el último herido, el último detenido; e igual se ha ido el último soldado, el último camión militar y el último funcionario de gobierno. Sólo ha quedado el silencio atroz y la tortuosa impresión de la balacera, de los gritos, de las lágrimas, de los nervios, de la desesperación de la multitud y de las voces de los civiles. De los llamados de los estudiantes e inocentes a parar el ataque, a no seguirles disparando, hiriendo, asesinando; de pedir clemencia ante el fuego cruzado entre los mismos criminales militares, policiacos y paramilitares y ante el atropello, los golpes, los cateos, la búsqueda de activistas en los departamentos, los allanamientos de moradas con lujo de violencia, las injurias, los robos, las violaciones de mujeres y asesinatos de residentes y universitarios, las pilas de cadáveres y heridos, la intimidación a

periodistas, fotógrafos y camarógrafos, el ruido de sirenas, los minutos y las horas de angustia, miedo, terror y ansiedad que se vivieron brutalmente. De sufrir el vehemente deseo de ser protegido y de alcanzar un lugar seguro, donde nadie lo busque a uno para nada y tampoco lo encuentre y que ese lugar no exista más que en la imaginación. De querer estarse quieto y con los ojos cerrados o echarse a correr desaforadamente a todo lo que da, como lo hicieron quienes sí lograron cruzar el cerco militar de la plaza solos o con la ayuda de algún vigilante y sin mirar atrás ni regresarse por ningún motivo. De tratar de ayudar a uno de los atacados o de agredir a los atacantes, pero no hay modo de hacerlo y uno ni siquiera estuvo presente en la plaza en ese momento y mucho menos después. De enterarse uno de la matanza, por los rumores que corren, entre los mismos soldados y desde las voces rebeldes imposibles de callar de los presos políticos, que se oyen de cuando en cuando hasta mi celda. De recordar que esa mañana --a unas calles de mi chante-- pasó casi todo el ejército mexicano con sus batallones de infantería, sus tanques, sus camiones, sus blindados y sus jeeps y ahora puedo afirmar lo que aquella tarde se suponía: "están matando a los estudiantes", y que casi amaneciendo los militares retornaron al Campo Militar No. 1 con su desfile de guerra y yo desmayado en uno de sus camiones. En tanto los demás estudiantes espantados gritaban sus nombres y denunciaban a los vecinos la masacre y a lo lejos la Guerrero se quedaba en silencio y vacía, mientras nos alejábamos en la retaguardia del convoy militar y ya la noche era larga, trágica y oscura. Entonces el país quedó listo para realizar sus gloriosos juegos olímpicos.

Al día siguiente la historia de México no fue igual, el país temía el 2 de Octubre; aunque la mañana transcurriera como si nada. Cada habitante y cada familia lejanos a los trágicos sucesos vivieron un día como cualquier otro, nada sabían de la maquiavélica acción del gobierno en la Plaza de las Tres Culturas y el nuevo día tampoco fue diferente en nada para ellos. En cambio los mexicanos enterados y aquellos que no se tragaron el cuento del gobierno acerca de lo ocurrido la noche anterior, no salían de su asombro y de los comentarios enardecidos o murmurados sobre la ignominia gubernamental: "¡Qué poca madre!", decían y eso era demasiado poco, para calificar el exterminio del estudiantado. En las oficinas los funcionarios de Estado todavía repasaban uno a uno los detalles de la brutal represión con la sobrada intención de ocultarlos, borrarlos, cambiarlos, negarlos, tergiversarlos y prácticamente escribir una historia distinta a la de la masacre de los universitarios perpetrada a manos del ejército mexicano. El Presidente aparentaba una calma que no sentía, no es posible para un gobernante acabar con la vida de tantos inocentes en una plaza pública y lograr la tranquilidad de su conciencia, la paz de su corazón y menos le sería posible vivir sereno a sabiendas de que asesinó a mansalva a un sinnúmero de jóvenes indefensos. El secretario de Gobernación pasaba por un trance semejante al del mandatario, con la diferencia de que éste dio la orden y aquél la ejecutó al pie de la letra, como si gobernar se tratara de aniquilar estudiantes al precio que fuera. Si el primero hizo saber que él fue el responsable del 68, el segundo nunca asumió su responsabilidad; uno ni en la tumba descansaría en paz ante el país entero y el otro diría que podía dormir bien —claro que sin olvidar que él también era un asesino de Estado con igual culpa, responsabilidad y delito

que su superior. El jefe del DDF, de manera similar, callaba lo que todo mundo sabía sobre su papel, su actuación y su involucramiento, al haber dirigido en los hechos el golpe de la

represión a los estudiantes y en nada podría excluirse de tan negros acontecimientos. El secretario de Defensa ---igual que el jefe del DDF— atareado en las acciones de limpieza del Tlatelolcazo, aún daba instrucciones a sus subordinados acerca de lo que había qué hacer frente a los organismos de salud, los medios de comunicación, la prensa extranjera, el mundo, los paterfamilias, las delegaciones, los presidios, el Campo Militar No. 1, los heridos, los muertos, los desaparecidos, los granaderos, el batallón Olimpia y además ante cualquier otra eventualidad que se presentara: "el ejército sólo se había defendido del ataque estudiantil con armas de fuego y que los estudiantes habían herido a varios de sus efectivos", de acuerdo a la línea oficial. El jefe de la policía en tanto continuaba con dicho santo y seña, según el mensaje recibido de parte de las más altas autoridades del país: "la seguridad nacional se había puesto en peligro, debido a la provocación armada que los universitarios habían cometido contra las fuerzas militares que resguardaban la manifestación del 2 de Octubre", y en esa línea decía su parlamento hacia la opinión pública. Aunque él mismo no lo creía, pues había participado directamente en las acciones represivas frente al movimiento juvenil; e igual que los demás funcionarios, tampoco podía negar su calidad de asesino a sueldo segando la vida de los universitarios. Pues por más que pudiera decir que él no mató e hirió a nadie y que habían sido los otros policías quienes acabaron con las vidas de los estudiantes, los ciudadanos, las mujeres, los niños, los hombres y los ancianos; nadie podría obviar que en realidad aquéllos estaban bajo sus órdenes. Así en la plaza del genocidio, la historia no era distinta por más limpia que estuviera y no hubiera el menor indicio de la represión cometida la noche anterior, pues al 2 de Octubre todavía se le teme en todo el país.

Una a una sus voces aún se escuchan, no pudieron ser calladas nunca ni borradas del papel ni de la historia. El único que quizá no las oye es el régimen actual. Sus voces puedes leerlas en un libro, escucharlas en una canción, sentirlas en un poema, verlas en una imagen, interpretar su silencio en una tumba, valorar con ellas el sentido de la libertad popular, las hallas en plazas y calles, en aulas y monumentos, en generaciones anteriores, en jóvenes y adolescentes, en zócalos y carreteras, en campos militares y en los hogares, en mantas y cárteles, en los hijos y los nietos, y en los 2 y los no 2 de Octubre. Sus voces están en todas partes y en todos estos años, y van a seguir estando ahí donde no se les oiga, donde no se les vea, donde no se les tome en cuenta, porque eran algo más que un simple reclamo, un berrinche o una niñería. Fueron voces de holgada cordura, de sensata razón, llenas de iniciativa y grandilocuente creatividad, motivadas por una decidida imaginación política; eran las voces de un gigante estudiantil con sueños de diálogo frente al país y el país lo dejo hablando solo y le puso de castigo una noche de Tlatelolco y treinta y tantos años de prisión. Y aun así sus voces están allí y estarán más vivas mañana si los mexicanos de hoy se enteran que somos libres de luchar porque los estudiantes dieron su vida por conquistar los pequeños derechos que ellos ejercieron al precio de su muerte y, si lo comprenden bien, sabrán que su sacrificio no fue en vano como muchos piensan o algún malintencionado dice a los cuatro vientos. Y aun piden un diálogo, una negociación, una solución que no pueden ni deben ser negados por el régimen actual: para abolir el delito de disolución social no sólo en la ley, sino también en los hechos; para otorgar la libertad a los presos políticos cuya causa es luchar por un México mejor; para destituir a las autoridades,

policiacas y militares que reprimen a los mexicanos; para castigar a los responsables de la represión estudiantil e indemnizar a los familiares de los universitarios heridos y muertos. En otras

palabras, para entablar el diálogo público que resolviera el conflicto del 68, la no represión, el libre derecho de asociación, reunión, expresión de las ideas, manifestación de la sociedad y respeto pleno a la autonomía de la Universidad sin que la policía y el ejército agredan y ocupen los centros educativos para golpear, desalojar, detener, herir, desaparecer, encarcelar y aún más otorgándoles el derecho a prohibir el homicidio y el multihomicidio de los luchadores sociales.

El luto del 2 de Octubre llenó de dolor el corazón de los mexicanos, nos hizo sufrir el alma y nos partió la vida en dos, en antes y después, y hay a quien la muerte no le permitió nunca más nada. Usted con su mando militar llenó de muertos una plaza, una lucha, una Universidad, una historia, un país, una conciencia, un pueblo, una tarde, un Campo Militar No. 1 y un palacio. Yo por mi parte estoy aquí en una crujía que es también sepulcro y eso me recuerda a tantos y desconocidos mártires, a los cuales quién les pudo haber rezado una oración, prendido una veladora, puesto un vaso de agua, ofrendado comida, honrado con una flor, regado agua bendita y encomendado a Dios. ¿Qué fue de los muertos? ¿Qué hicieron de ellos? ¿Dónde están? ¿Por qué se los llevaron? ¿Por qué no los devolvieron para velarlos, rezarles un rosario, ofrecerles una misa, darles cristiana sepultura y pedir que cada uno de ellos llegara al cielo, que el poder les impidió vivir en la tierra? Dondequiera que estén, si es que están, ni con todos los muertos ni con toda la sangre inocente y derramada que Usted y sus secretarios causaron con su compromiso internacional de poner orden en la casa y no permitir la rebeldía social de ninguna índole, lograron terminar con los ideales de los estudiantes; pues, --a pesar de sus asesores gringos en contrarrevolución, su inteligencia de seguridad nacional, sus militares, sus policías, sus armas, sus balas, sus bayonetas, sus planes, sus órdenes, su ira, su engaño, sus juegos olímpicos, sus patrocinadores, sus trampas, y su insensibilidad y su descomunal equivoco personal de estadista, universitario y mexicano-- quién sabe por qué pero ellos no se rindieron. Y tal vez ni el tiempo le alcance para comprender que la muerte no fue suficiente para rendirlos, porque son muertos que hablan, e igual que nosotros todavía reivindican su lucha y enarbolan sus demandas; inclusive si

Usted ya estuviera muerto, los vería, los oiría y les huiría como lo que son una multitud viviente de muertos que lo señalarían, lo

días que corren hoy en el país, podría escapar de ellos, como actualmente cree que puede hacerlo, por el simple hecho de que los estudiantes caídos están completamente muertos y su muerte acusa al Presidente. Esto último es cierto, pero la historia de un pueblo no termina en un día de luto en la Plaza de las Tres Culturas; más bien, ahí empieza la historia de un pueblo por ser libre y alcanzar su libertad a costa de ofrendar su propia vida. Con esto no quiero decir que a la gente le gusten los muertos, es más no deseamos que la justicia y el derecho sean una realidad en nuestra patria y se cumplan para todos los mexicanos, a sabiendas de tener que sacrificar la vida de uno sólo de los compatriotas: sea gobernante, intelectual, obrero, campesino, empresario, maestro, estudiante, ama de casa, hombre, mujer, niño o anciano; para eso ha de valer la política y no el crimen, para eso han de servir las instituciones y no las noches de Tlatelolco.

A los líderes y a los grupos estudiantiles el régimen no les perdonó su insolencia de levantar a toda la comunidad universitaria y politécnica y ganar todas las adhesiones al interior de la república y la simpatía en el extranjero. Su lucha había surgido de una verdadera causa educativa, social y popular que se multiplicó escuela por escuela y creció barrio por barrio, recibiendo múltiples muestras de apoyo de un sinnúmero de organizaciones sindicales y de miles de trabajadores del pueblo mexicano. Desde muchos ángulos los informes que le llegaban al Presidente referían que los estudiantes impulsaban un levantamiento popular incontenible --amorfo, indefinido y desorganizado--, el cual aun así presagiaba una revolución social en puerta y había que contenerla de cualquier modo. Un movimiento de tal magnitud no lo habían logrado los mineros, los campesinos, los telegrafistas, los telefonistas, los electricistas, los ferrocarrileros, los profesores, los médicos ni los estudiantes en el 66; de modo que ahora los estudiantes se habían pasado de la raya y a su debido tiempo se les tendrían que cobrar las cuentas o debilitarían al gobierno y podría ocurrir lo peor. No obstante, el libreto, el guion, el abc, la regla no escrita de la política oficial fue y es --lamentablemente-- de mano dura a todos los opositores del gobierno. De hecho al Presidente le preocupaba día y noche que dicho movimiento del 68 se le escapara de las manos, durante meses no pudo dormir cavilando y presintiendo que el pueblo se levantaba y de no contenerlo podría derrocar al gobierno. Por eso se adelantó a la pesadilla de padecer una insurrección revolucionaria, popular, obrera, campesina y estudiantil y ordenó definitivamente una noche de cuchillos largos, una noche de san Bartolomé, una asonada de mayo. Y a la mañana siguiente

pronunció: "he salvado a la patria de la amenaza comunista", mismas que jamás volvió a proferir pues algo en el interior de su conciencia le hacía sentir totalmente lo contrario y asesino. Y como

Presidente o como ex primer hombre de la República no volvió a dormir ni de día ni de noche y cuando por fin lograba conciliar el sueño, su conciencia lo despertaba nuevamente para recordarle una y otra vez que había acabado con los estudiantes..., pero no con la incansable lucha social de un pueblo, pues aquella misma tarde empezó a gestarse la insospechada noche de los zapatistas del primero de enero de 1994.

Sin día y sin título

A veces le da a uno por hablar solo y decir cosas. En esto se me va el tiempo y la vida en la soledad del presidio, anhelando día a día la libertad. Cavilo y le doy vueltas a la razón del Presidente y no doy con una razón humana y creíble que pudiéramos aceptar todos, o casi todos. Incluso me veo en Los Pinos interpelando al mandatario con mis necias preguntas en pos del por qué de tan criminal acto y no puedo creer en ni una de sus respuestas. Aún más de Palacio Nacional me encamino a Bucareli para entrevistarme con el secretario de Gobernación con la intención de creer que este señor no tuvo que ver con los sucesos y tampoco hallo un indicio de inocencia, por lo que empiezo a pensar que los dos fueron parte de la misma maquinaria represiva. O pienso en el secretario de Defensa y el Ejército Mexicano y no concibo que estos elementos hayan estado subordinados a aquéllos, sin poder verter otra opinión seria e importante antes de actuar contra los estudiantes. O pienso en el policía de mi barrio que bien pudo o no hacer algo por tantos inocentes, pero, el cual, quizás también tuvo que obedecer a su jefe. O pienso en el agente encubierto que recabó las pistas y dio los avisos y hundió a cuantos pudo, y a otros los condujo a la triste plaza de la muerte. O al político le pregunto por su política que también rodeó los principales acontecimientos del 2 de Octubre y, además, influyó directamente en su vida personal. O tampoco me pasa por la cabeza que ningún otro hombre de gobierno no hubiera vislumbrado por sí mismo otra alternativa, diferente a la de masacrar a los jóvenes, lo que le habría ahorrado al país una sangría innecesaria. O me acerco al hombre de la fe y a

la puerta de su iglesia, y aunque ésta se abre a los muchachos, aquél cede a esa historia. O en el hospital el deshonor del hombre de blanco se manchó sin querer, porque su voluntad de aliviar a sus compatriotas estaba por encima de cualquier ideología, pero le fue impedido ver por las vidas de perseguidos y acosados, aunque sí hubo quienes fueron recibidos y salvados por sus manos. O, en esos días, los jueces del Ministerio Público inventaron delincuentes y delitos al por mayor con la grave pérdida de la credibilidad, la cual todavía no puede ser rescatada para la satisfacción de quienes desean creer en la justicia mexicana. Y en todo esto, supongo por igual que el hombre de la calle de mi país y el diplomático mexicano huésped de una lejana nación condenan junto conmigo hechos tan graves como los del sesenta y ocho.

Una mentira inventada fue la coartada oficial del gobierno en turno. El Presidente fue la primera y última voz de ese coro y todo el sistema repetía aquélla. La repetía el soldado de guardia de mí crujía, el militar que atacó a los estudiantes en Tlatelolco, los paramilitares y los porros que allanaron la confrontación de las fuerzas armadas con la multitud del movimiento de la Plaza de las Tres Culturas, el médico legista que atendió los heridos y los muertos que fueron llevados a los hospitales, el juez que impartía justicia en el ministerio público, el clérigo que velaba por la buena conciencia de la sociedad, el legislador que representaba el respeto a la *Constitución* y sus leyes, el alcalde, el gobernador, el secretario de Estado, el comunicólogo, el policía, el ciudadano común y corriente, el empresario, el inversionista, el industrial, el comerciante y el extranjero. ¿Quién mintió? ¿Para qué se mintió? ¿Cuál fue la mentira? ¿Y por qué? Es lo fundamental del asunto. No soy fiscal, ni juez de la suprema Corte de Justicia de la Nación, ni ombusdman, ni defensor independiente o ni simple miembro de alguna ONG, pero el hombre que ordenó la masacre del 68 se basó en una gran mentira y los mentirosos estuvieron siempre del lado del gobierno, diciendo: "los jóvenes estudiantes del 68 eran enemigos de la patria, preparaban una conspiración social, desestabilizaban el país, sometían al caos y el desorden a la nación, no optaban por la razón, el diálogo y la política, y mientras no hubiera mano dura con ellos estaría en riesgo el progreso, la armonía y las Olimpiadas". Y sin embargo los jóvenes universitarios eran los aliados de la patria. ¿O alguien cuerdo, juicioso y honesto pudo y puede probar que eran enemigos de México? El Presidente era el político y el estadista que no debía mentir, mentirse y

mentirnos a todos porque en ello se nos iban la vida, las libertades, la credibilidad, la buena fe, la paz y la armonía nacional; y, en última

respetados y cumplidos en el país. El Presidente optó por la noche de Tlatelolco y los derechos y las libertades que entonces estaban en juego, aún son una cuenta pendiente que se les debe a los muchachos del 68. Aún hoy para la historia oficial los estudiantes son los culpables y el gobierno el inocente. ¿No debería ser a la inversa? Estaban en juego el derecho y la libertad de pensar, de decir y de actuar para la sociedad entera, ante lo cual los muchachos con su vida, con su sangre y con la memoria de su cortísima historia pagaron el precio de su lucha por ofrendarnos un nuevo México, que no consiguieron en vida: una tumba, la fosa común, el destierro, la cárcel, la desaparición, el martirio y la segregación fueron su reconocimiento, si es que así puede llamársele. ¿Qué informe, qué análisis, qué juicio político y qué decisión gubernamental permitió tratar con la muerte y la eliminación a dichos jóvenes? Solamente el de una mentira convertida en verdad, después de tanto difundirla desde la primera vez.

Si alguna ocasión se me permitiera expresarle ciertas interrogantes, en ese momento le expresaría las siguientes: ¿Por qué señor Presidente? ¿Por qué la masacre? ¿Por qué el crimen, la represión, el asedio y la desaparición? ¿En serio los ideales de los estudiantes constituían una amenaza al poder, a la autoridad, a usted y al buen gobierno del país? No, no me diga ¿a qué vienen tantas preguntas mías sobre el 68 y más precisamente acerca del 2 de Octubre? Acaso la lucha de los estudiantes ¿no era por la democracia?, ¿no era por la justicia?, ¿no era por la libertad?, ¿no era por el derecho? Sí, sin duda lo fue ¿y el gobierno de usted como actuó?, ¿escuchó a los estudiantes?, ¿diálogo con ellos?, ¿respeto sus derechos?, ¿respaldo sus reclamos?, ¿comprendió sus demandas?, ¿resolvió sus problemas de democracia en las universidades y de libertad social y política e ideológica para comprometerse con su país y actuar en consecuencia con su manera de pensar?, ¿respondió al anhelo de justicia a los responsables de sus muertos, heridos y reprimidos que resultaron antes de los trágicos sucesos del 2 de Octubre? No. ¿Qué se puede pensar entonces de un Presidente, de un gobierno y de un país que enfrenta a sus jóvenes con una matanza como la del 68? ¿Qué deben hacer entonces los adolescentes y los jóvenes cuando crecen y son más conscientes de la vida social y aspiran a ser responsables de sí mismos, de sus ideas y de sus acciones mínimas o máximas, ilusas o heroicas? ¿No han de pensar? ¿No han de comprometerse con sus ideas de joven, de país y de mundo? ¿Han de ser apáticos e indiferentes a la realidad? ¿No han de soñar con una sociedad libre, justa y democrática como rezan los principios políticos propios de la nación mexicana desde su *Constitución* en 1917? A estas alturas de aquellos sucesos inhumanos, pienso que el baño de sangre se pudo haber evitado,

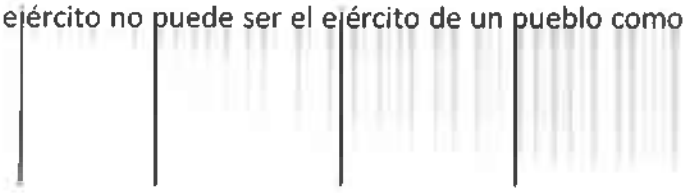
que la matazón de estudiantes no era su único camino para llevar a la nación al orden, la paz y la estabilidad social --la cual el régimen estaba empeñado en imponer, cumplir y aparentar ante el mundo.

Tampoco me diga que creía en la amenaza socialista y que la resistencia estudiantil masiva, continua y creciente lo alarmaba, ni que ésta se hallaba ligada a aquélla y que dicha situación intolerable lo movía, lo obligaba, a dar un durísimo golpe para aplastar, acabar, liquidar y extinguir a todos los revoltosos, doblegar a la mayoría, reducir a los grupos de activistas y a sus líderes segregarlos, cooptarlos, intimidarlos, encarcelarlos, perseguirlos, desaparecerlos o darles muerte recurriendo al terror de sus batallones, de sus bayonetas, de sus balas, de sus tanques y señuelos, del flagelo de sus cárceles clandestinas y aún del exterminio de las pruebas o el testimonio evidente de los cuerpos de cientos de incontables muertos y la innumerable cifra de desaparecidos y presos políticos. Y su posición de que tuvo que hacerlo o era su deber como Presidente de la nación, no me lo vuelva a decir, pues esto último no lo creo; y, bajo el riesgo de que a mí tampoco me crea, le digo ahora que siempre hay un tiempo para la razón y usted no la tuvo con el multihomicidio cometido el 2 de Octubre al mando del ejército mexicano. La razón en ese momento era la política: la estrategia evitar a toda costa de un baño de sangre y usted no lo evitó; la táctica era hablar con la multitud, ver sus peticiones y admitir sus propuestas; y ¿por qué no? satisfacer los objetivos de su lucha, los cuales se encontraban sin duda dentro de las posibilidades de respuesta del Estado y que usted mismo se negaba a reconocer, lo que lo llevó a convertirse en el victimario y criminal con las manos manchadas de sangre de un número incontable de mexicanos inocentes e inofensivos. Una vez más la razón lo era todo, menos la sangre de las víctimas del 68 y, salvaguardando la integridad de los jóvenes mexicanos, este país hubiera estado, desde aquel octubre, más cerca de su historia, de sus leyes y del buen gobierno, que usted no supo ni pudo dirigir

hacia la libertad, la justicia y la democracia ---peleadas por ellos a costa de su propia vida. Ellos están muertos y usted está vivo y aunque usted estuviera muerto ahora, la muerte no exculpa a nadie ni redime a un hombre, menos libera a un gobierno, a un país y a su historia de aquello de lo que usted es absolutamente responsable directo y principal. Para que escamotearle a todos los actores el mérito de su crimen colectivo y el protagonismo de su obra. Los muertos están ahí en algún lugar de la Historia, ellos con su razón política y usted en la sinrazón humana. Por mi parte hablo por quienes ofrendaron su vida por un mejor país, mientras que no hubo ni hay ni habrá quien sinceramente hable a nombre de lo que usted hizo como si verdaderamente hubiera sido un bien para la nación. Ahí está la razón humana, moral y política con la que usted no actuó para salvaguardar la vida de los jóvenes más progresistas de México.

¡No lo puedo creer! ¡Nadie se los va a creer, ni siquiera su madre! De que todo lo que pasó en México fue en defensa de la patria. ¿Quién lo hubiera imaginado? ¿El Presidente? ¿El Secretario? ¿El Gobernador? ¿El Alcalde? ¿El político? ¿El ciudadano común? ¿El policía? ¿El soldado? ¿Quién? Porque de mi parte no les creo nada. ¿Quién puede creer que una masacre del pueblo sea por el bien de la patria? Ni en México ni en ninguna otra nación se puede aceptar algo semejante. Los muertos cuyo cifra ignoro en este momento, los desaparecidos que pueden ser muchísimos, los heridos que tampoco puedo contar, los presos aquí y en otras cárceles clandestinas, la mentira, la represión, la persecución, el autoritarismo, la violación de la ley, los abusos del poder, el criminal asalto del ejército a Tlatelolco. Con todo esto ¿puede el secretario de Defensa, el general, el coronel, el teniente, el comandante, el sargento, el cabo o el simple soldado raso creer que el multihomicidio perpetrado el 2 de Octubre tuvo como propósito esencial la defensa de la patria? ¿El militar de honor, el soldado de carrera, el miembro del ejército preparado en una escuela no es capaz de distinguir entre una rebelión motivada por perversos intereses extranjeros y una causa social legítima --surgida de la historia misma de México y abanderada con toda justeza por decididos jóvenes mexicanos, cuyo pensamiento e ideales se gestaron en las aulas universitarias y politécnicas? ¿Qué ocurre pues con el militar o el soldado sin los suficientes conocimientos o estudios sobre la patria y su historia, su presente y su problemática, su futuro y sus aspiraciones, se le puede decir un día que el enemigo a vencer son los estudiantes del 68 y entonces un 2 de Octubre ese militar planea, maniobra y ejecuta casi a la perfección el ataque a la plaza del horror? ¿El ejército sólo recibe órdenes y además las

cumple a ciegas? ¿Son tan grandes los intereses del ejército con el sistema, con el gobierno y con la clase política --léase PRI? ¿O es que en realidad el ejército no puede ser el ejército de un pueblo como



reza el eslogan publicitario sobre la milicia? No me imagino al soldado y a sus altos mandos tener que llevar a cabo la inhumana labor de cumplir con la decisión del poder de masacrar al pueblo mexicano, a sus estudiantes indefensos y desarmados, cuyo mayor delito fue protestar en calles y plazas para ser escuchados por el gobierno. ¿O será verdad que los estudiantes subvertían a México y que al país lo amenazaba el comunismo? A los estudiantes y a la sociedad les corresponde dar una respuesta seria al run run oficial de que los revoltosos atacaban al gobierno mexicano para desestabilizarlo. Los soldados, los mandos medios y sus superiores con un poquito de conocimientos acerca de lo que sucedía en las universidades y con los universitarios llamados conscientes, críticos, combativos y comprometidos, y con un mínimo informe de su gesta y de sus demandas probablemente se hubieran opuesto al crimen de Estado --que ellos cometieron maquiavélicamente en contra de la patria misma. Nadie puede ignorar lo que hace el ejército, máxime si su tarea primordial es velar por la custodia de la nación; nadie ha de desconocer si sus acciones atentan o no contra el pueblo que debe proteger. ¿O la ignorancia del militar es demasiada o el servilismo del ejército no tiene nombre y el soldado nomás está para servirle al poderoso aún y cuando el ejército se convierta en un mero instrumento para asediar y combatir al propio pueblo mexicano? Si hubo entre el ejército quien no obedeció atacar a los universitarios sería loable reconocerlo, pero el militar que manchó de sangre su uniforme como usted general, ojalá no haya tenido a un hermano, a un hijo o a otro familiar en el movimiento estudiantil; porque yo desde aquí--en la oscuridad de una celda--lo veo a usted en su oficina, sentado frente a mí, con su impecable uniforme verde olivo luciendo una medalla al mérito y encima de su escritorio diviso: un rombo infantil con la foto de su júnior, su teléfono, su agenda y una banderita nacional. Y usted me ve con la

mirada encendida por el odio y con sus manos enjoyadas golpea el cristal de la mesa, pues en el asiento de enfrente un preso cualquiera como yo --claro que esto es imaginario-- le pregunta, interroga, indaga, inquiere, investiga y por eso usted se siente en el centro del debate, agredido, aludido, atacado, puesto en tela de juicio y quiere huir de los reflectores y no puede: pues la historia lo acusa, la sociedad lo enjuicia y yo lo condeno a no poder escapar de la mano de su vástago por esas calles de Dios, donde no hubo ni una gota de humanidad para los estudiantes ante el estupor que vivimos todos en aquellos días trágicos.

Hoy no sé si el policía de mi barrio sabía que ese día habría un operativo militar y si la policía en su conjunto también fue parte del ataque del ejército en la Plaza de las Tres Culturas. Igual ignoro el papel que jugaron los vigilantes de la Unidad Tlatelolco y si con los policías del lugar entraron en coordinación con los granaderos y todos los azules de la capirucha para agredir a los universitarios. También desconozco si el mero poli, mi vecino, cuidó las salidas de la zona habitacional y les protegió las espaldas a los soldados que hacían las faenas represivas; si escoltaba a las autoridades del DDF y a otros peces gordos del poder o si sólo tendió un cordón para evitar que la población le ofreciera auxilio espontáneo a los estudiantes reprimidos y a los vecinos atacados por la histeria; o si fue un represor activo que detenía, golpeaba, hería, asesinaba y desaparecía a los jóvenes luchadores; y, si del mismo modo, recibió órdenes que debía cumplir aunque la consciencia le dijera que "no", y, si incrédulo al golpe belicista del gobierno, se mantuvo pasivo mientras sus superiores no lo requirieran o, acontecimientos menores, exigieran su presencia en cualquiera de las filas de los atacantes o de los atacados. Tampoco imagino que le hizo participar al poli en el multihomicidio del 2 de Octubre del 68, pues considero que cumplir con el deber y velar por la seguridad social fue parte del honor de la policía que él se comprometió a brindarle a la Ciudad de México cuando aceptó ser un vigilante de ella. Y quizás él como buen gendarme pudo actuar al contrario del papel que desempeñó su gremio durante la masacre: si no rebelarse a sus superiores, si oponerse a ser la mano represora que el gobierno utilizó para bañar de sangre a la juventud mexicana; si no ser un abierto defensor de los estudiantes, tampoco contribuir a que sus acciones policiales reprimieran leve o duramente a aquéllos; y si no renunciar a su cargo de servidor público, en cambio, si protestar ante la misión que la policía y el ejército efectuaron amañadamente contra un

sector social en lucha por causas legítimas y encomiables –aunque sí hubo quién se quitó el uniforme y abandonó el servicio porque su ética y moral no le permitía seguir siendo policía. Probablemente los mandos, los elementos de la policía y el ejército en todo el país históricamente han llevado a cabo encomiendas y acciones de tarea como esas y ahora las hicieron de manera descubierta y de cara a la nación, por lo que nos vimos sorprendidos de lo que las fuerzas del orden son capaces de cometer en Tlatelolco por encima de la ley, la autoridad y la justicia, sin el mínimo de respeto y dignidad hacia sus perseguidos y supuestos contrincantes. Triste fue la actuación y la moral que usted como policía cumplió ese día, esa tarde, esa noche, esa madrugada y a la mañana siguiente. Seguramente no pudo mirar a los ojos a los ciudadanos que lo veían con desprecio, porque el gobierno lo convirtió en uno de los represores de los estudiantes; y eso fue en detrimento de su calidad de defensor de los habitantes de la ciudad; y el uniforme y la placa y la autoridad moral suya se perdieron, sin que el reconocimiento oficial le devolvieran respetabilidad frente a sí mismo, frente a su familia y a la sociedad entera. ¿No le duele señor policía, un día dirigir su arma contra niños, adolescentes y jóvenes inocentes y desarmados; o encañonar amas de casa, trabajadores, empleados de gobierno, transeúntes, ancianos y vecinos que no la debían; pero debieron temerla ante la violencia que, usted temblando de pánico, ejercía sobre ellos y cuyas acciones de trabajo sucio sirvieron para sacar limpiamente la masacre del 68, y además también le ensuciaron las manos de sangre como a un vil criminal? ¿O, quizás, el poli de la esquina de mi jaus únicamente vio pasar el convoy de los efectivos militares, que atacaron a la multitud inerme y casualmente saludó al conductor del camión de redilas, que me llevaba preso al Campo Militar No. 1 y yo, desmayado, no pude decirle: "poli, ayúdeme".

Tenía el mismo rostro, la misma voz y un nombre diferente en cada lugar; aunque ejercía el mismo oficio de atar cabos, reunir datos, recoger detalles e identificar personas; oír bien las cosas que se hablaban, lo que se proponían y las ideas que se ventilaban; la agenda que se llevaba, las rutinas de los grupos y sus costumbres habituales; y el empeño de empujar al movimiento estudiantil hacia el ansiado triunfo social y político. Y ahí estaba presente en todas partes: en los recintos universitarios, en las asambleas juveniles, en los foros obreros, en los salones de clases, en las calles de la ciudad, en el campo provinciano y marchando al paso de la multitud como el oreja, el porro, el policía encubierto de Gobernación, e inclusive como el doble agente del imperio norteamericano al servicio de la CÍA y del gobierno mexicano. Único en su oficio primero veía, oía y anotaba sin dejarse identificar por parte de sus compañeros y luego acudía arriba con sus reportes de "todo bien", "nada por ahora", o "lo que traigo es papa caliente", según las circunstancias del caso --y así hacía carrera para escalar los peldaños de su futuro. En un paquete más difícil de porro le correspondía armarse de un grupo de camorristas para enfrentar a la muchedumbre de estudiantes, o a un grupo de activistas cuando fuera necesario; su conexión con el gobierno era de ida y vuelta, pues en un lío con la justicia él saldría libre y sin cargos para continuar en las filas del porrismo, con lo que recibía un apoyo mayor de parte de las autoridades que lo tenían a su servicio. En una esfera más alta poseía un peso mayor como autoridad universitaria y como hombre de Gobernación, era él quien verdaderamente llevaba los informes policiacos a la oficina, el escritorio y los archivos de la Secretaría correspondiente; y, hasta cierto punto, lo que él decia, afirmaba, confirmaba, negaba,

ocultaba y pospusiera, contribuía --de una u otra manera-- a adelantar o retrasar una acción que afectase o no a los estudiantes. Tal y como ocurrió a los ojos de todos. El último en el oficio era un profesional de lujo dado que su servicio de inteligencia rondaba Los Pinos o pisaba Bucareli; pero, además, su accionar iba de la embajada norteamericana hasta las oficinas del FBI y la CÍA, llevando en sus manos un informe meticuloso sobre la desestabilización política del régimen mexicano provocada por el creciente movimiento estudiantil y que: "de no reprimirse ahora, después sería tarde para sofocar un levantamiento de las clases populares contra el sistema. De manera que cada quien en su oficio, cada uno de nuestros imaginados agentes jugaron su pequeño o gran papel de delatores, cumpliendo con su trabajo de informar --a quien correspondiera-- sobre la amenaza que significaron los estudiantes, sus grupos, sus partidos, su ideología capitalista y su inclinación socialista. No obstante, cabría mirar el 68 a través de los acontecimientos mundiales en que las diversas protestas de universitarios fueron reprimidas en el mundo, para comprender las razones de que a la lucha estudiantil mexicana ya se le había puesto precio a su cabeza, se le veía como una pieza más del ajedrez político entre las dos grandes potencias internacionales y, por ende, había que acabar con ella ¿...? Sí, sé que no podemos concebir está explicación ni aceptarla tan fácilmente; pero esta postura hacia los estudiantes flotaba en el ambiente y, en la de los comprometidos intereses del gobierno mexicano con los de EU, por lo que en última instancia la directriz política del régimen en turno sobre la represión estudiantil provino de la Casa Blanca; pues, de acuerdo a sus informes confidenciales, todo indicaba que agentes, intereses y propaganda extranjera financiaban a los jóvenes mexicanos en contra del gobierno y se fomentaba un espíritu antinorteamericano no deseado. Así permitir el triunfo de los estudiantes en el 68, significaba facilitarle el camino al comunismo para desestabilizar el mundo y esto era lo último que el imperio gringo admitiría, mientras pudiera evitarlo a toda costa.

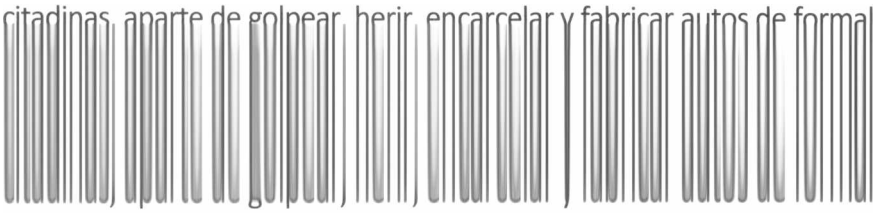
Y con el hombre político ¿qué aconteció? ¿Cómo tomó el 2 de Octubre? ¿Cuál fue su reacción? ¿Qué pensó? ¿Qué dijo acerca del poder? ¿Compartió la matazón? ¿Justificó al gobierno? ¿Estuvo de parte de la autoridad? ¿Defendió a los estudiantes? ¿Se negó a aceptar el multihomicidio? ¿Demandó el respeto a la ley? ¿Pidió la libertad de los presos políticos de Tlatelolco? ¿Ofreció ayuda a los heridos? ¿Se puso de lado de los familiares, de los luchadores sociales universitarios y politécnicos? ¿Buscó a los desaparecidos? ¿Convocó a la restitución del poder federal pleno y legítimo que el 68 tiró por la borda ante la guerra sucia de un Presidente, autoritario y sangriento, que se atrevió a ver en las armas la solución a un conflicto estudiantil mexicano y pacífico? ¿Actuó de manera libre e independiente o fue uno más del coro oficial? ¿Previó la participación de los poderes Legislativo y Judicial para persuadir al Ejecutivo de que la lucha de los estudiantes podía resolverse sin recurrir a las armas? ¿Qué hizo el partido de ese hombre político mientras se incubaba el exterminio en la Plaza de las Tres Culturas? ¿Cuál fue la postura de los diputados y los senadores como políticos por excelencia, conocedores de la ley y cuyo mandato podía estar por encima de las decisiones del Presidente? ¿Los políticos de dentro y fuera del gobierno tendieron a los estudiantes un círculo solidario para impedir que se les reprimiera vilmente por las fuerzas armadas o mantuvieron una posición pasiva, errónea, esquiva, sumisa, débil, vacilante, lega, vacía, anacrónica y antiestudiantil? ¿Fueron incansables en la búsqueda de las soluciones que el conflicto universitario requería o dejaron simplemente que éste desembocara en la masacre del 68? ¿El PRI no tenía otra opción más que la de aceptar lo inevitable acatando la línea del poder? ¿El PAN interpuso algún plazo o tregua para llegar a un trato o un acuerdo civilizado o político con los estudiantes, o igual siguió la orden de

arriba? ¿Cuál era la política del político del momento? ¿La de que un Tlatelolcazo solucionaba todo y ya? ¿Los políticos se entrevistaron con los estudiantes, dialogaron con ellos, analizaron

juntos un posible entendimiento? ¿Intercedieron por los estudiantes frente a las autoridades universitarias para emprender la democratización de las universidades? ¿Vieron que la política era el camino de la concordia de la sociedad, el gobierno y los estudiantes? ¿Encaminaron ante las autoridades del Distrito Federal, la secretaría de Gobernación y la secretaría de la Defensa el reclamo de justicia de los estudiantes, para que fueran destituidos los jefes de la policía y el ejército que los habían reprimido en sus propios planteles o durante las protestas, mientras manifestaban sus demandas en las calles de la ciudad? ¿Comprendieron que la lucha estudiantil tenía causas sociales, a las cuales había que dar satisfacción, pues entre otras demandas exigían la libertad de los presos políticos, algunos de las cuales eran estudiantes en lucha? ¿Vislumbraron que el conflicto estudiantil era político y que iría más allá del 68, a pesar de la cantada mano dura que el gobierno le aplicaría al movimiento universitario? ¿Condenaron la acción militar del poder o su silencio fue otra lápida a los caídos del 2 de Octubre? ¿Ese día se sepultó una vez a la política y el político perdía de oficio una pretendida vocación que no alcanzaba a realizar? Seguramente hubo voces dignas y creíbles en pro del movimiento, pero no influyeron en darle una salida a favor de los estudiantes. Y aunado a todo esto ¿la lucha de los estudiantes fue en vano? ¿Con el 2 de Octubre vendría una nueva historia política y con ésta hombres políticos comprometidos con la sociedad, sus causas y capaces de hablar a nombre de los estudiantes y de las futuras generaciones? ¿O esa historia aún no comienza y dichos políticos son todavía una añoranza de los jóvenes universitarios sobrevivientes al 68? Tengo más preguntas, pero quizás hoy sea el tiempo de buscar respuestas.

Sí, sé que tanto bla, bla, bla nos puede perder el hilo de la historia, aunque esta madeja nos lleva a otra ida y vuelta de aquélla. Por lo que quiero decir algunas cosas sobre el Gobernador, si bien en el Distrito Federal recibía el nombre de Regente. En ese tiempo todos los gobernadores se movían en torno a la figura presidencial y ninguno tenía un destello propio relativo a los asuntos de Estado. Así el 68 rebasaba completamente el dominio y fuero de lo que podría ser una cuestión local o de la Ciudad de México; por esa razón, digo, le competía a todos los gobernadores, o por lo menos a alguno le tocaba intervenir audaz e inteligentemente en el tratamiento que el Estado le daba al conflicto estudiantil, so pena de dejar que corriera el crimen masivo a manos del poder presidencial. Sin embargo, de ninguna gubernatura salió una declaración, una propuesta, una exposición de principios, la publicación de un desplegado, la sugerencia oportuna y constructiva o la cada vez más necesaria defensa para resolver el conflicto social por otra vía alternativa a la militar y no fue así. Con ello, el Presidente tuvo el camino libre para actuar solo y como le placiera en gana, ¿o dónde está el informe que documente y testimonie lo contrario? No lo conocemos públicamente aún. El que ni una voz de gobernador se hubiera expresado a favor de los estudiantes, pero sí del derecho y la razón, nos señala el tamaño y la visión del gobierno estatal en todo el país bajo el que se regía la sociedad mexicana. Y este era el perfil del Regente del centro político de la República, un hombre, un político un "gobernador" incapaz de tener una voz propia, un ideario político visionario comprometido con el ideal social de un pueblo, cuyos estudiantes fueron llevados lentamente al matadero desde la cúpula del poder. El Regente de la ciudad --sin poder otorgado y reconocido constitucionalmente como gobernador, pues nada más era el administrador de confianza del

Presidente-- incurrió en delitos mayores que los de asediar a los estudiantes en sus centros educativos y en sus movilizaciones ciudadinas, aparte de golpear, herir, encarcelar y fabricar autos de formal



prisión a los mismos, permitió que desde todos los ámbitos oficiales --la Universidad, el Politécnico, la policía secreta y pública, el ejército, el gabinete, los gobernadores, los delegados, los alcaldes, así como del mismísimo Presidente y una corte internacional presidida por la CÍA y sus agentes en México-- se orquestara una de San Bartolomé y, al día siguiente, siguió administrando la ciudad como si en el país no hubiera pasado nada. Igual los gobernadores del gran dinosaurio continuaron en sus puestos como si no hubiera habido 2 de Octubre; aunque en el fondo la historia de la sociedad mexicana no fue la misma, algo cambió después del 68 con el relanzamiento de la guerrilla que parecía la salida popular frente a la ignominia de Tlatelolco --empero, esa es otra historia que aquí no relataremos. Al otro día de la masacre no había culpables de parte del gobierno; el Regente también era un administrador probo y todos los posibles culpables estaban en las listas de los estudiantes, desde los líderes, representantes y activistas hasta las bases, los simpatizantes y aquellos elementos esporádicos que aparecían y desaparecían a lo largo de los diversos momentos de lucha del movimiento universitario. Los culpables eran los estudiantes a los ojos del dominio oficial versus *vox populi* y los diarios de aquella época sostuvieron que de parte del gobierno se había hecho lo correcto en defensa de las instituciones y la sociedad.

Un río de estudiantes que amenazaba con llegar al mar de la historia y desbordar, sin querer, el mundo para hallar un mejor sitio en la sociedad, también llegó a la puerta de su iglesia que ahí estaba en el mismo lugar y tiempo de la represión. Padre, no sé si esté soñando o delirando por la fiebre que tengo desde hace cuatro días; la fiebre comenzó con náusea, sudores, calosfríos, dolor de cabeza y estertores, por la infección gastrointestinal y un cuadro completo de debilidad debido al ayuno forzado y la falta de alimento de esta semana. Y ni modo de ver a un doctor, ya lo pedí y me dicen que me hago pendejo; nomás para salir rumbo al hospital y de ahí escapármeles. Pero la idea de escapar no se ocurre ahorita, a pesar de que muchas veces pensé en cómo huir de este encierro que me mata y me vuelve loco. Mejor retomo mi asunto, porque si no me voy a distraer y no le voy a decir lo que estoy pensando: ¿por qué, Padre, la iglesia siendo la iglesia no levantó su voz para defender a los estudiantes; por qué el silencio del Vaticano, por qué calló el Papa ante la violencia a los universitarios mexicanos; por qué el jefe de la Iglesia en México no habló por los jóvenes para defender su vida y su derecho a manifestarse; por qué un gran pensamiento como lo es el cristianismo no fue condescendiente ante los hechos de sangre en que incurrió el régimen, para evitarlos u oponerse a los mismos? Hay que reconocer el repique de campanas por la alegría de los muchachos frente a la catedral, aunque tal vez le faltó ir más allá. No le pido que sus sacerdotes arriesgaran la vida por defender a los jóvenes; sé que era demasiado arriesgado haber actuado a favor de los estudiantes, e inclusive gracias a su bendita acción algunos de los estudiantes se salvaron de perder la vida en el momento mismo del Tlatelolcazo. No obstante, su iglesia bien pudo haber hablado al otro día y exigir la libertad y el respeto a la vida e integridad física de los estudiantes sobrevivientes al 2 de Octubre. Esa noche del crimen masivo, Padre, sólo unos cuantos jóvenes

entraron al altar, pero no así muchísimos más que inermes, desesperados e inocentes golpearon a las puertas de la iglesia para que los dejaran entrar a su templo, buscando protegerse del ejército asesino. Mas esa puerta de su fe entreabierta luego se cerró y permaneció cerrada, por lo que fueron acribillados, heridos o detenidos, y luego encarcelados, torturados, desaparecidos y asesinados. Y después de esa noche la iglesia siguió en silencio, no alzó su voz, su pensamiento, su sentir, su posición en una oración a la vida. Padre, si hubiera un enemigo, el enemigo era poderoso, se trataba del gobierno, éste se había preparado de antemano para cometer un asesinato colectivo de ilusionados luchadores sociales, de adolescentes y jóvenes que como pueblo profesaban su fe y la iglesia no obró abiertamente a favor de ellos y su defensa no la hizo el cielo, y por el que aún imploramos. No pretendo enjuiciar a la iglesia, Padre, nomás pienso, deliro sin razón o locura, porque estoy preso sin deberla ni temerla. Tampoco le digo que el sacerdote de la iglesia de Tlatelolco hubiera mantenido abierta la puerta a todos los perseguidos, sin duda habría muerto si lo hace y tal vez no viviría para contarlo. Lo que no comparto con su iglesia, Padre, es que ésta no se haya convertido en una muralla de vida para detener el crimen colectivo, que el régimen cantaba días o semanas anteriores o que la iglesia no hubiera advertido al gobierno mexicano los caminos de concordia y entendimiento que el conflicto requería. El que calla otorga, Padre, y al represor se le dejaron sueltas las manos y no se le hizo comprender que derramar la sangre de los estudiantes no era necesario. Dicho de otro modo, defender la vida de los estudiantes y convertirse en un baluarte contra la represión criminal e injusta del Estado era otra manera de comulgar con Cristo, con su fe y con su iglesia, Padre. Claro, entonces y ahora, hubo sacerdotes que hablaron por sí mismos y con ello le dieron a la iglesia el decoro, la dignidad y la humildad cristiana que la misma había perdido por su sumisión ante los acontecimientos.

Por esta ocasión, supongo, el hospital abrió las puertas para recibir de emergencia a personas desmayadas, heridas, graves y muertas sin que mediara la identificación y menos el carnet del paciente. El director del nosocomio, igual que el médico de guardia, había recibido la orden de retener cuanto estudiante, perdón, delincuente social fuese llevado a la clínica en las condiciones que fuera. De esa manera pisos, salas y pasillos se llenaron intempestivamente sin la relación y el orden debidos y con la indicación de que intendentes, enfermeras y doctores no se afanaran en el cuidado de los pacientes reprimidos; puesto que, de un momento a otro, transportes militares los conducirían a un lugar conveniente, según la peligrosidad de los amotinados. El hombre de blanco perplejo no supo a quién atender primero, dadas las circunstancias de la demanda de numerosos pacientes que reclamaban sus servicios: un anciano grave con la mirada perdida tenía puestos los ojos directamente sobre el rostro del cirujano y éste intentaba encontrar en aquél un hálito de vida para prestarle los primeros auxilios, más el corazón del hombre se había parado hacía varias horas según el diagnóstico del especialista; un niño descalzo sufría un shock que lo mantenía inconsciente y la clínica apenas si disponía de los aparatos necesarios para atender a otros usuarios con mayores derechos que el recién llegado, por lo que se le recostó en una cama con la idea de esperar una eventual recuperación natural de sí mismo; una chica herida y aterrada, gemía --sin llorar y sin llanto—y muda se desangraba de una pierna, mientras la atendía el médico y ella no atinaba a responder lo que él le preguntaba, o enmudecida por el pánico no entendía palabra; y a un lado se hallaba también un muchacho con el rostro desfigurado con la viva expresión de la angustia de morir perseguido, acorralado y masacrado, sin ninguna posibilidad cierta de sobrevivir. Aun así los heridos fueron curados

por humanidad, ya que sus dolencias y quejas lastimeras provocaban en el personal del hospital una atención inmediata, aunque fuera superficial y momentánea. De todos modos el hombre de blanco en esta

ocasión se vio desarmado en sus propósitos, en su ética y en su conducta de ver por la vida de cualquier ser humano, en las condiciones más adversas y no tenía otra opción más que la de esperar los vehículos militares encargados de sacar de la ciudad a los muertos y a cuanto perseguido fuera posible. Y los pacientes internos del hospital ni siquiera se salvaron de las suspicacias de los militares, que en ocasiones se equivocaron al confundir a un hospitalizado de días o semanas con un supuesto estudiante; por lo que el inocente fue detenido, herido o hasta muerto. Los cuerpos de los jóvenes fallecidos pudieron ser entregados a sus deudos; no obstante, el gobierno los reclamaba por encima de la ley en otro claro abuso de autoridad. Los heridos podrían ser curados y devueltos a sus hogares, mas los soldados los sacarían del hospital sin importar las razones humanitarias esgrimidas. Esa triste noche el personal de la clínica casi había sido acuartelado para atender cualquier imprevisto después del Tlatelolcazo y el hospital parecía una agencia de duelo, fúnebre y trágica; o un cuartel disfrazado, en el que a los detenidos del 2 de Octubre se les podía aplicar la ley fuga, sin que el personal médico pudiera hacer algo por el temor o la convicción de que callar era la única manera de salvar la vida propia.

Licenciado del Ministerio Público atestada que estuvo su oficina de tanto detenido que le llegó esa noche a la Quinta Delegación y la fila enorme que atendió a tan altas horas de la madrugada. Todo para qué, si tantos nombres, rostros, huellas, firmas, fichas y declaraciones cabían en un solo expediente suscrito por el Estado. ¿Qué lo motivo a encerrar a los jóvenes que lo visitaron contra su voluntad esa fecha aciaga? ¿Le pareció creíble eso de que eran agitadores, enemigos del régimen y que planeaban derrocar al gobierno? ¿Tenía para usted fundamento el delito de la disolución social de que se les acusaba? ¿Agarró usted a un estudiante con su arma de fuego o se dejó guiar por el supuesto de que así fue la cosa, según lo dicho por una autoridad mayor? ¿Entre los presentes se hallaba un grupo de universitarios que hubiera atacado a las fuerzas armadas del gobierno? ¿Haber traído a un o una estudiante del lugar de los hechos fue suficiente para dictaminarle una sanción penal? ¿O los argumentos de una u otro le bastaron para mandarlos a su casa a descansar y a olvidarse del 2 de Octubre? ¿Qué pasó con los universitarios muertos que llegaron a su Delegación? ¿Qué hicieron con los jóvenes heridos? ¿Aún más qué aconteció con las personas inocentes? ¿A cuántos mexicanos sentenció usted —juez y juicio mediantes— con el auto de formal prisión? ¿Por qué no tuvieron los detenidos la defensa por ley a la que tenían derecho antes de recluirlos en un penal de máxima seguridad? ¿En verdad los muchachos se amotinaron? ¿Los sobrevivientes de la noche de Tlatelolco merecían la cárcel? ¿A los supuestos culpables los entregó a la Defensa Nacional, la SG o al DDF? ¿Los muertos que llegaron a sus manos igual los entregó a una de estas instancias o la misma Delegación se encargó de desaparecer las pruebas del crimen de Estado? ¿No pensó que era demasiada injusticia lo sucedido en

Octubre del 68? ¿No admite conmigo que todo fue un crimen contra un país, contra la sociedad y contra la historia de parte del mismo gobierno? ¿No era usted una de las primeras voces de la ley y la autoridad que pudo actuar por el respeto a la integridad física y moral de los estudiantes y, además, ver que salieran libres tanto de su Delegación como del infame proceso judicial que muchos de ellos padecieron? Y posiblemente de ahí salieron no pocos, sino numerosos detenidos que se salvaron de la cárcel y de otro tipo de represión. Ya me imagino las preguntas suyas al caso: ¿nombre..., domicilio..., actividad..., edad..., lugar de nacimiento..., delitos por los que se les acusa...? Y toda la fraseología que rubricó la represión jurídica contra el movimiento estudiantil. Le hicieron falta las máquinas de escribir, las hojas de papel, las cámaras fotográficas, las plumas, las almohadillas de tinta para la impresión de las huellas dactilares, los testigos, los acusadores, los periodistas y los defensores de oficio para abrir y cerrar cada expediente y notificar a cada acusado su ingreso preventivo al recinto penal a su cargo. En esas no pensó más que en levantar todos los expedientes que le hicieran falta, para eso estaba usted de Delegado; a sus subordinados no les giró instrucciones diferentes a las anteriores y ese fue su papel ante el DDF, Gobernación, Los Pinos, la sociedad, los padres de familia y los propios trabajadores de la justicia. Y nada lo movió a razonar y a obrar distinto, los acusados, acusados eran; y a usted no le correspondía plantearse la postura de que los estudiantes fueron las víctimas y hubiera que protegerlos y defender sus derechos cual seres humanos. Para eso estaba usted de Delegado y en eso, usted, arriesgaba el puesto ¡caramba! Sin embargo, es más fácil decir, que hacer. Por ejemplo: creo que usted y el señor Procurador, siendo tan importantes para la justicia de este país, debieron recapacitar de que el gobierno no podía exterminar a ningún mexicano, presumible enemigo del Estado, de manera injusta e inhumana; considerando, a su debido tiempo, que tampoco es válida en el presente, la acción jurídica que en el pasado se aplicó en contra de los universitarios en el 68. Pues, en definitiva,

la justicia es otra cosa diferente a la de reprimir a una persona por sus ideas y acciones no toleradas por el gobierno. Y en esto el Procurador es el primero que debe velar por ella, máxime si se considera que el poder judicial es autónomo y que, independiente del poder ejecutivo, ha de aplicar la ley a todos los ciudadanos. Y dejando abierta la posibilidad de que algún día los propios estudiantes sobrevivientes pudieran llevar a juicio al o a los responsables de la masacre del 2 de octubre, pero que además exista entonces la institución que imparta verdaderamente la justicia ante la vileza e ilegalidad de tales acontecimientos.

El hombre de la calle recibió la noticia de golpe cual oleada de rumores sobre el 68, había ocurrido lo que no se creía sucediera el 2 de Octubre. Al hombre, a la mujer, al hijo, a la hija y a la gente toda se les movía el piso. La represión era la trinchera del lado de los vivos y la fosa común donde el ejército apilaba a los muertos. Las noticias cimbraron a todos: "el ejército había atacado a los estudiantes y los estudiantes agredieron a los soldados". ¿Qué había sido primero? Los medios prepararon la coartada del gobierno: "los estudiantes dispararon a los militares" y la gente pensaba, presentía, suponía, imaginaba, sostenía, alegaba, defendía, vociferaba, callaba, temía o cuchicheaba lo contrario: "el gobierno está matando a los estudiantes. Si los estudiantes no esperaron que el gobierno llevara a cabo ese cobarde atentado, la gente tampoco suponía una acción semejante y menos podía creer que las primeras balas hubieran salido de manos de los jóvenes universitarios. La gente lo decía con cautela, el gobierno había hablado de mano dura para atemorizar a los estudiantes y nunca se supuso que el poder en turno les cobraría todas las cuentas por haberse manifestado. El Presidente, sin interlocutor en la sociedad, vio como un desacato a su autoridad que jovenzuelos universitarios, desorientados y desobedientes, se hubieran atrevido a dirigirse al supremo gobierno protestando, reclamando y exigiendo peticiones que, según aquél, no estaban bien encauzadas dentro de lo que el régimen acostumbraba a tratar. El Presidente no midió al nuevo actor social que con una voz y una imagen propias se dirigía a él, lo interpelaba, proponía y lidiaba por los cambios necesarios del gobierno frente al país: buscaba otra relación del poder con la sociedad, un nuevo trato de la autoridad política con los universitarios, pretendía que la democracia fuera una realidad en la instituciones educativas y le diera un papel diferente a los estudiantes en la vida y la labor educativa, y el régimen

no se decidió por el respeto, los derechos y las responsabilidades a favor de los estudiantes. En cambio, el luto de un hermano o una

cualquier otro familiar fue la noticia que la decisión del poder llevó a los hogares por medio de la radio, de las imágenes censuradas de la televisión, de las tergiversadas notas de la prensa y de los rumores que ya corrían por las calles de la ciudad y que el hombre común llevaba con él a su casa. O se quedaron en la espera de no verlo llegar ese día, esa noche, esa madrugada; y ni a la mañana siguiente supieron que le había sucedido a él o a ella. Si lo detuvieron o fue a la cárcel, al Campo Militar No. 1, si lo desaparecieron sin rumbo conocido y ni el tiempo les dio ninguna noticia por más que esperaron o por más que la buscaron. Y la gente desamparada, desprotegida, humillada, vejada, pisoteada, no supo si había que tenerle luto a un muerto, o buscar y defender a un detenido, o andar sin rumbo en la historia tras la huella ignorada de un familiar en los palacios, los umbrales, los recovecos y las mazmorras del poder. La gente se quedó temerosa. El poder había actuado y actuó con saña; tenía a su servicio un ejército criminal que le sirvió a su antojo y, a partir de ese día, había que temerle más. Sólo el hombre común, la mujer común --el padre, la madre, el hermano, la hermana--, transgredirían esa norma imborrable de temerle al gobierno y pisarían todos los lugares que habría que pisar; irían todas las ocasiones que habría que ir, y verían, le hablarían y le pedirían a todas las personas posibles: "lo y la buscamos, lo y la queremos vivo o viva", y esta sería la historia que esa noche comenzó ---y aún no termina. Sólo el criminal creyó equivocadamente que su crimen concluiría desapareciendo muertos, matando desaparecidos, borrando cifras, negando acciones, mintiéndole a la gente, comprando conciencias, premiando a los represores y haciéndose la víctima cuando había sido el victimario. La gente no lo dijo y aunque el miedo era más grande, más fuerte e imponía el silencio total, absoluto, cruel e inhumano, la gente quería y quiere justicia, y el hombre de la calle también.

Ese día negro el gobierno tuvo manos libres, sin reticencias de ninguna índole y a la vez sin la menor resistencia. El clamor popular no fue suficiente para detener el golpe. El respaldo social que los estudiantes recibían de la gente, no contuvo a un poder ciego que los atacó criminalmente. El masivo número de jóvenes universitarios en las calles de la ciudad no bastó para que el Presidente actuara con el mayor tiento frente a este conflicto social. En el país la mano dura cobró una fuerza incontenible y se manifestó en Tlatelolco desde los oscuros pasillos del Palacio. Los medios de comunicación, equivocados e inconscientes, hicieron coro a esa tentación del gobierno que se puede leer en los diarios, reescuchar en las notas de la radio y ver en la televisión lo que decían los comunicadores acerca de lo que pensaba el Presidente sobre los estudiantes, y no hay en los medios voces suficientes –con sus ignoradas excepciones-- que hablen en pro de ellos. Dentro del palacio, el país se dejó llevar --sin querer y sin oponerse-- a la intentona militar a la que se le puso fecha, lugar y hora de la represión con sus mandos, sus nombres y sus acciones premeditadas; al grado que, en las altas esferas del gobierno, aquélla no era ningún secreto de Estado. Fuera del palacio, sin que públicamente se dijera nada, nadie callaba en privado lo que venía y se oía en corrillos, en rumores y en voces discretas que en una línea delgada alertaban sobre la cercana represión del momento histórico que se vivía. Sólo el pueblo se oponía a semejante felonía, pero su simpatía con el movimiento estudiantil no bastó para proteger a los muchachos; en tanto, la iglesia, los medios, los partidos, los gobernadores, los alcaldes, el gabinete, el ejército, la policía, los legisladores y los embajadores no ofrecieron resistencia y el poder aplastó a aquéllos sin miramiento alguno. Y dentro y fuera del palacio, una voz digna,

viva, firme, valiente, decidida, solidaria de un mexicano, de un diplomático, de un hombre de letras, de una persona de valores morales y de un sujeto con visión y decoro se unió a la de tantísimos otros mexicanos, renunciando a su cargo de embajador del gobierno en un lugar tan lejano como la India, para expresar su rechazo a la mano dura del Presidente, para defender la vida de los jóvenes universitarios, la educación, la cultura, el derecho y las leyes, y para alentar con ello a que un día fueran reales y no ficticias la esperanza de libertad, de justicia, de democracia y de humanidad en México.

¿Y el periodista que dijo acerca del 2 de Octubre? ¿Qué pluma? ¿Qué tinta? ¿Qué papel? ¿Qué palabra? Pudo hablar por nosotros y me incluyo porque estoy aquí en una celda del Campo Militar No. 1 y no puedo decirlo de otra forma. No lo sé y si lo supiera, por lo menos un periodista expresó y mantuvo una postura acorde con la razón, un punto de vista sereno, ecuánime y decidido, para reclamar se respetara la vida de los jóvenes y adolescentes mexicanos que pelearon indefensos en las calles, ese mismo derecho por el que murieron. Pues con seguridad y con mucha antelación pienso que en el mundo político se planeaba la más oscura noche del poder, de lo que sería el desenlace trágico en Tlatelolco y, sin duda con una exactitud increíble, todas sus fuerzas represoras se disponían a cumplir con su cita de muerte en la Plaza de las Tres Culturas. Aun así la mayoría de los periodistas hacían mutis y sus periódicos callaban celosamente aquel secreto a voces y --sin quererlo-- alentaban de una u otra forma la versión de que los estudiantes eran un peligro para la nación, por ser títeres manipulados por el comunismo extranjero. Hacía falta una pluma honesta, clara, sincera, valiente y un coro de periodistas capaces de decir la verdad, no necesariamente de la de los estudiantes y mucho menos la del gobierno, sino la verdad de que una masacre no iba a remediar nada en este país, ni en ninguno otro lado; y que lo importante consistía en preservar la vida, aunque no la cerrazón, del movimiento estudiantil. Considero había que llamar al régimen a la tolerancia, la cordura, la condescendencia, a un ejercicio del poder con la ley en la mano y a compartir la libre acción de la multitud rebelde con la intención de llevarla a buen término. El periodista de la prensa escrita, el locutor de la radio y el presentador de la televisión tuvieron antes del 2 de Octubre una oportunidad invaluable para

vadear, contener y hasta impedir los negros y rojos sucesos de tal fecha. ¿Por qué no actuó así el periodista? ¿Por qué prefirió estar del lado del poder? ¿Por qué se publicó tanto en los periódicos, o se dijo tanto en la radio y se divulgó tanto en la televisión de que los estudiantes atentaban contra la estabilidad del régimen? ¿Por qué mejor no se llamó a las partes en conflicto a buscar una solución basada en el diálogo, en la negociación y en un acuerdo político? ¿Por qué nadie en los medios y esto último que digo lo estoy suponiendo nada más —alertó que habría un crimen de Estado si el movimiento estudiantil continuaba en ascenso y no accedía a llevar su lucha por otros derroteros, sin claudicar en sus demandas? ¿Pero y además los mismos medios debieron procurar convertirse en un baluarte en la vida y la defensa de la integridad estudiantil, porque de otra manera su papel previo y posterior al Tlatelolcazo dejo mucho que desear para los mexicanos? Los medios pudieron ser una muralla del derecho y la libertad de expresión de un pueblo y no lo fueron; los medios se alinearon, se sometieron, se abatieron ante el poder en turno y fueron los primeros en caer aquella tarde trágica del 2 de Octubre; ahí murió el periodismo, la radio y la televisión que pudieron hablar por nosotros, y me incluyo de nuevo aquí porque esa larga noche de la represión aún no termina y aunque terminase en este momento, pasará mucho tiempo antes de que concluya verdaderamente en la historia del país y en la conciencia de los mexicanos. Ahora no lo sé, pero me gustaría saber si alguien habló, escribió, se pronunció para evitar la noche de los cuchillos largos; si alguien alertó, conminó, se opuso a que las bayonetas resolvieran a sangre y fuego la protesta estudiantil, y tal vez los puntos de vista libres y críticos de más de un periodista no fueron oportunamente tomados en cuenta para evitar la masacre del 2 de octubre.

Sobresalto

El sobresalto de la tortura me despertó nuevamente a la defensiva. Entre sueños los soldados procedían a darme otra golpiza. Ahora ya con los ojos abiertos, sudo de miedo y el espanto se refleja en el rostro y en las manos; tiemblo y miro fijamente la puerta a la espera de que el primer soldado entre en la celda. Busco un rincón para esconderme, intento en vano ocultarme entre las sombras; callado, clamo porque los soldados no me vuelvan a pegar, deseo vehementemente desaparecer de este maldito sitio y que no me encuentren nunca aquí ni en otra parte; aunque no hay modo de salvar esta inhumana situación ni de evitar la indeseable trampa del encierro. Me asaltan los recuerdos, de uno a otro irrumpen otra vez en mi mente: no puedo respirar, una mano grotesca hunde mi cabeza en el agua hedionda y helada; me falta oxígeno, me asfixio, el cerebro y los pulmones me estallan; respiro o me ahogo, trago bocanadas de agua podrida y se me obstruyen las fosas nasales por el líquido viscoso que aspiro; la mano por fin me suelta del cabello y puedo sacar la nariz y la boca para respirar y restablecerme. No, no es un sueño, estoy más que despierto. Al pocito le siguen en repetidas ocasiones los toques y el electroshock me sacude todo de pies a cabeza e inunda de dolor repentino o prolongado en la parte del castigo corporal, casi al grado de decir "basta" o de desmayarme. Ni inconsciente me dejan en paz, por la nariz y la boca me baja el agua mineral de un *Tehuacán* para que reaccione y no finja pérdida del sentido. No sé quién soy, mi mente en blanco no dice nada. Estoy en una sala de paredes grises y potentes lámparas de luz amarilla que me lastima los ojos y me han sedado con la inyección de una sustancia que me ha embotado el cerebro. Con el paso de los días poco a poco recobro la razón, mi personalidad y sé quién soy. El temor de

la tortura es lo que más padezco y me hace sufrir indeciblemente. Tengo que sobreponerme, ser más fuerte, recobrar el valor perdido, resistir otra vez, continuar luchando, enfrentarlos de manera decidida, pelear celosamente mi futuro de una u otra forma, me salve o no. Oigo ruidos, temo que alguien viene: estoy en guardia, me voy a defender hasta el último hálito de vida; esta vez no les será tan fácil someterme, mis manos, mis pies y mi conciencia están libres; los minutos pasan, se hacen eternos, la puerta sigue inmóvil y nadie, nadie, nadie llega a la celda.

Ahora sí que deliro, una cosa es soñar que estoy en casa tranquilamente durmiendo en mi cama y otra, muy distinta, despertar en prisión sumido en la más terrible realidad. Aunque soñar, fue un modo de escapar de aquí. Mientras dormía, me sentí libre por unos cuantos instantes y olvidé que solo soy un preso, sin remedio y sin futuro. En el sueño tenía mi rostro anterior, y no este rostro demacrado y marcado por el sufrimiento de la tortura y el encierro; irradiaba alegría, contento, felicidad y caminaba presuroso no sé a dónde; me sentía a la vez sano y sin padecimiento alguno. Sin embargo, el sueño se acabó cuanto más a gusto me sentía de andar y andar y andar. Quizás por eso mismo desperté de repente otra vez aquí en la misma celda y con la misma historia, que me ata a ella. ¿Y si escapo, si hago un hoyo en el suelo y cavo un túnel? El otro día oí que un preso quiso escapar y ya lo estaban esperando los soldados, a la salida del hueco que había cavado. Y no pudo contarle a nadie su hazaña, según dicen los soldados, quedó muerto en su propia tumba. No, mejor ni intento escapar; no me vaya a pasar igual. ¿Qué tal si los soldados ven el hoyo y la tierra suelta en la celda y me ponen mi madriza o hasta me dan el tiro de gracia? Eso nos lo contaron la noche que hicimos un recorrido por dicho pasaje secreto para intimidarnos; aunque también decían que ahí habían dejado vivo a otro de los presos para que dijera lo que sabía, o se muriera si no decía nada. Escapar de aquí no sería fácil. De huir, no sabría en qué dirección caminar; las veces que me han llevado fuera de esta celda y de este subterráneo, arriba en la superficie del Campo Militar No. 1, no he visto camino o carretera y no sabría cuál es la salida próxima y segura. De escapar, más pronto que tarde, me descubrirían y me toparía con la guardia, el rondín o los vigilantes que me cuidan en este lugar. No tengo idea de qué tan grande sea el campo ni dónde podría esconderme, ni el tiempo que tendría que correr o andar. ¿Será por eso que soñé? No lo creo, mejor sigo aquí detenido, más

vale vivo que muerto. Seguramente muerto tampoco voy a salir de aquí. Y huir por la puerta de la crujía 2 ni pensarlo, ni teniendo la llave; afuera el soldado me entrega o me mata él mismo. Y si avanzara más, dudo que pueda sortear las innumerables postas que a ley me voy a encontrar en el camino. Y ni modo de salir disfrazado de sayo, para eso habría que quitarle la ropa al guardia o que éste, por una corta feria, se consiguiera un uniforme viejo y usable; así sí saldría rapidito. Imagínense la fuga, con estas fachas ya me la puedo imaginar: ahora si me parezco a un estudiante rebelde. Huir desde la enfermería lo dudo --ni una sola vez he recibido atención médica, así esté desmayado o herido, o sufra algún otro padecimiento físico--; por lo que sí pretendo escapar, tendría que pensar en otra forma de lograrlo. ¡Escapar, escapar, si fuera posible! Los militares comentan que todos los que lo han intentado han muerto. Yo por mi parte deseo salir de aquí, pero también aspiro a vivir.

El paseo obligado, la salida nocturna, el simulacro de fusilamiento, el miedo a ser abandonado en un sitio desconocido del Campo Militar No. 1, se repetía de manera constante al antojo de los guardias. Durante las noches de encierro éstos tomaban la iniciativa por su propio albedrío o porque era la orden de sus superiores, para proseguir sus rutinas represivas hacia los presos culpables o no, inocentes o no; los cuales no teníamos otra opción que la de actuar bajo la presión de los golpes. El recuerdo de la amenaza al castigo corporal y la intimidación de negarse a seguir las indicaciones de los soldados --encargados del operativo de torturar a los estudiantes-- podría terminar en el homicidio del valiente o el feminicidio de la atrevida que se opusiera a la voluntad de los represores y movía casi a todos los detenidos a ser obedientes y buenos con los criminales --digo-- con los soldados. En especial algún jefe o mando medio y hasta un simple soldado raso saciaba sus instintos con el cuerpo vivo e inerme de alguna detenida. Esto no ocurría a los ojos de los demás, pero sí a unos metros de distancia del sitio al que nos llevaban a campo abierto. Después de sacarnos de nuestras celdas, oíamos los gritos, la impotencia, el llanto, el dolor, la resistencia de la chica que no merecía ser tratada de esa cruel manera y la vejaban como mujer. Ella era violada por medio de la violencia física: los golpes, el castigo y el amedrentamiento de los milicos hacia la joven, provocaban el agotamiento físico, psicológico y moral de la misma; lo que la obligaba, contra su voluntad, a caer en las garras de uno y otro de los represores, sin el deseo de que le hicieran el sexo y sin entregarse al placer de sus celadores, plagiarios y violadores. En ocasiones no supe si la chica violada era asesinada por los soldados tras la sádica violación cometida, o si a ella el íntimo sufrimiento

de la agresión sexual la conducía a quitarse la vida; pues al paso de los días luego se rumoraban ambas versiones en el cuchicheo en una celda o mediante un grito anónimo femenino en un pasillo, o en una

denuncia airada de un grupo de presos y presas. Lo cierto es que al oírla pedir, rogar, demandar por amor de Dios, por piedad, que no le hicieran nada, nosotros nos sentíamos más impotentes y frustrados que ella al no haber modo de defenderla y de salvarla de ser violada por uno de los torturadores; y, ante la imposibilidad de resguardar su integridad y dignidad personal, gritaba que ella declararía todo lo que sabía, pero por favor, que ya no le hicieran nada, que ya la soltaran y la dejaran irse con su familia a su casa; que ella ya no iba a meterse en nada, se los juraba por su madrecita santa. Y los soldados sólo se reían, se burlaban, hacían chistes de lo que escuchaban de parte de la presa, la víctima que esta noche les tocaba en turno de ser violada. Y si a ellos también se les hinchaba la gana, igualmente terminaría muerta con la manoseada versión de que: "con la novedad mi jefe que la presa quiso escapar y pos ni modo nos la tuvimos que echar", y otras historias similares. Mas nunca la de que habían abusado de su honra y hasta de la virginidad de la chica. No sé cuántas mujeres violaron los soldados en las mismas celdas, durante las noches y hasta en el día se dedicaban a satisfacer sus deseos sexuales, con las estudiantes como medio de tortura y de diversión con la víctima. Y hay quien cree que en esta parte de la historia, los militares se dedicaron a reclutar jovencitas para efectuarles periódicas sesiones de tortura en las que una y otra vez las violaban a su antojo y placer. Pues ellas eran uno de los frutos logrados como el botín de guerra y no iban a desaprovechar la oportunidad de disfrutar su cuerpo, su piel, su juventud, su sexo, su locura y la pasión de convertirlas en mujeres hechas y derechas, al descastarlas como si el derecho de pernada hubiera sido parte de su desalmado combate contra el movimiento estudiantil, del cual los militares habían salido victoriosos.

"¿Qué hacemos con este buey, mi jefe, no quiere comer desde hace tres días? La comida ya hasta se echó a perder" --le dijo un soldado a su superior. "Allá él, nosotros cumplimos con darle la papa y si se muere muy su gusto, ¿o no?" --respondió el sargento. "A lo mejor se puso en huelga de hambre como los otros" --expresó el subalterno. "Si es así que se ande con cuidado porque le puede tocar y le van a dar en todita la madre" --contestó el superior. "No, si su zarandeadita ya se la dimos esta mañana, recibió toques, agua fría y unos patadones de miedo y ni pío dijo; nomás siguió sin tragar ni beber nada por más que se le presionó" --le informó el soldado al sargento. "Esperen entonces a mañana o pasado, a ver cómo evoluciona el preso" --dijo éste al subalterno. ¿Y si se muere?"--preguntó uno al otro. "¡Hasta la pregunta es necia! Simplemente te deshaces de él y sanseacabó" --le indicó el superior al soldado y concluyó: "Vámonos porque se hace tarde, ahí nada más están al pendiente de lo que ocurra con el preso". No, no estaba ni estoy en huelga de hambre, qué iba a ganar con eso: morir o encabronar a los soldados en contra mía, o que de plano me pegaran un tiro. Más bien sufría una crisis nerviosa, una depresión, una desesperanza, un vacío, una soledad, un insomnio crónico, un desequilibrio emocional; me faltaba un motivo para vivir y no tenía sed ni hambre, ni ganas de comer o beber para que el cuerpo aguantara. Había perdido la esperanza de recuperar mi vida y mi libertad en un futuro cercano y por más ánimos que pretendía darme, decaía sensiblemente ante lo que me rodeaba: yo parecía un guiñapo con la mirada extraviada, sin fuerzas y ajeno a lo que me hicieran física, psicológica y moralmente. Mi fortaleza interior estaba por los suelos, enfermaba del alma y de la voluntad de pensar, de actuar, de luchar, de creer, de confiar, de decidir y

de renovar bríos. Así los días pasaban sin que hiciera nada y me olvidaba de todo, hasta de mí mismo; incluso, creo que los síntomas eran un principio de suicidio que se interrumpió de

milagro cuando el sargento dijo: "¡Déjalo al buey, ya no le hagas nada¡"

Hay una pregunta que no me he hecho y que viene al caso, ¿por qué yo tenía que caer preso? Ser el prisionero que soy, ¿se lo debo a qué? ¿Se lo debo a la suerte? Pues que pinche suerte, palabra que sí. Haber ido a Tlatelolco, salir tarde de allí y que me atraparan, ¿fue una casualidad? Carajo, no puedo creer que a mí me tocara. ¿Y sí los soldados me hubieran creído, si no me hubieran detenido y no me hubieran traído preso al Campo Militar No. 1? Yo no estaría en esta celda. ¿Por qué me pasó esto? ¿Se debió a las circunstancias? ¿Al azar? ¿Al destino? ¿A la mala suerte? ¿A mi sino? ¿A la casualidad? ¿A qué? Si no estuviera aquí, sería mejor para mí, lejos de este lugar mi vida sería otra. Otra cosa sería saber del 68, como antes: leyendo el periódico del día con mi cuate, el voceador de la esquina, junto al taller mecánico de mi padre; oyendo en la calle a los estudiantes informar al pueblo; escuchando los programas de radio UNAM acerca del conflicto universitario y como quien no quiere la cosa echándole un lente a la televisión para enterarse si el gobierno solucionaba o no las demandas del movimiento. Mas esto es puro soñar: mi vida en casa, al lado de mi familia no se habría cancelado. Tiene que haber una lógica en todo esto y no la encuentro, pues no creo en el azar para pensar que a mí me tocara estar aquí. Se lo he dicho en varias ocasiones a los milicos y nadie me hace caso. Pero a quien le toca, le toca y a mí me tocó; y para mi desgracia, sigo aquí lamentando la ceguera, la equivocación y el mal cálculo del de arriba, o del buey de la brigada militar que me capturó y del sargento que me ha investigado desde que llegué a presidio. De lo que no hay duda es que, en torno a mí, se tejió una situación desgarradora que no logró entender de cabo a rabo. ¿Voy a ser un preso toda mi vida? ¿Van a condenarme a morir? ¿Qué sigue? Me pregunto y tampoco hallo

una respuesta. Allá afuera las cosas probablemente todavía no se calman y ¿acá dentro tampoco?, ¿para qué le sirvo al régimen aquí preso?, ¿a quién o a qué apelaré para salir libre?, ¿al azar?, ¿la

casualidad?, ¿el destino?, ¿las circunstancias?, ¿la suerte?, ¿qué haré para saberlo?, ¿cuánto tiempo esperaré? En cuanto a mí ya nada me importa, si lo he perdido casi todo; ya no espero la fecha y el día en que pueda salir de esta extraordinaria, desdichada y triste perra vida. Y si muere la esperanza, ya no importa que yo muera.

—¡Hola!

---¿Eres tú, hermano?

---Sí, soy yo.

---¡Mamá, es mi hermano! ¡Nos llama por teléfono; ven, habla con él!

---¡Hijo! ¿Estás bien? Cuéntame: ¿Dónde estás? ¿Vas a venir pronto a casa? Hija, avísale a tu padre y a tu otro hermano. Pero rápido.

---Sí, mamá. Ahorita vuelvo. Hermano no cuelgues. Yo también quiero hablar contigo,

---Madre, me da mucho gusto oírla y también a mi hermana. Hablo para despedirme...

---¿Para despedirte, por qué? ¿Qué sucede?

---Acá, en el Campo Militar No. 1, las cosas están muy difíciles y ni pa´ cuándo voy a salir del penal.

---¿Qué te han dicho que no piensas regresar con nosotros?

---No, no me dicen nada, sólo creo que voy a seguir detenido por órdenes de arriba y yo ya no sé qué hacer. Por eso mejor me despido de ustedes, ahorita que todavía puedo; después va a ser demasiado tarde y ni quién les dé noticias mías.

---¿Y si nosotros acudimos de nuevo a hablar con el oficial que está enterado de tu caso?

---¿Quién sabe? Ya ve que la ocasión anterior negó que yo esté detenido y encerrado en este lugar. Pero pueden intentarlo, ¿quién

quite y les hagan caso?

---Mamá, mi papá y mi hermano no están en el taller mecánico;

salieron los dos a recoger un carro averiado en Tlatelolco.

---Hijo, ya oíste; sólo puedes hablar con tu hermana y conmigo.

—Pásamela, pues.

---Nos hablas para decirnos que ya te soltaron y que vienes derechito a casa, ¿verdad, carnal?

---No carnala, me despido de ti y de los demás por si no nos volvemos a ver; y es todo lo que puedo decirles ahorita, pues sin un teléfono de verdad nadie puede hablar desde la cárcel...

¡Estoy Libre! ¡Vivo y libre! ¡Voy a casa! Lloro. Voy llorando. Derramo una que otra lágrima que cae sobre mis pasos. Casi no lo creo, pero es cierto. ¡Voy a casa! ¡Estoy vivo y soy libre! Lloro de rabia e impotencia con una incontenible emoción de sentir y saberme fuera de prisión. A cada paso mío, el Campo Militar No. 1 se aleja y va quedando atrás. Es de día y hay luz, el sol resplandece y el cielo es azul; y todo es muy diferente a la negra y oscura mazmorra. Espero que ese infierno no se repita para mí y para nadie, nunca más. Ha pasado un año desde mi encierro, fueron doce meses, trescientos sesenta y cinco días, quinientos veinticinco mil seiscientos minutos de mi vida y tiempo perdidos e irrecuperables. Un tiempo de mi vida inenarrable, clausurado, condenado; pero hoy de nueva cuenta estoy al frente de mi historia personal y privada. Tengo todo el tiempo del mundo para mí, para recuperar mi nombre, para reencontrarme con la esperanza, para que en este país exista un poquito de libertad para los jóvenes que luchan y no un legado de muerte y condena para ellos. Un viento suave y fresco sopla ligero sobre mi rostro y me alienta a seguir a casa. Por más rápido que voy, mis pasos son lentos. Tengo prisa de alejarme de aquí y llegar con mi familia. Tengo miedo de que la patrulla militar retorne y me aprese nuevamente; aunque el carro de soldados se quedó atrás en la boca del túnel secreto del campo que da a la orilla de Santa fe y, de paso me imagino que, aquél ya volvió a su base. Voy por un camino largo lleno de tierra y polvo. No llueve, ni hay casas ni carretera; parece un despoblado. A ambos lados del lugar, las barrancas y las laderas son dos muros infranqueables. El tiempo se me hace poco, la distancia ni la siento a pesar de la debilidad física que padezco y de que no estoy en condiciones de realizar un esfuerzo maratónico para andar varios

kilómetros durante tres o más horas. No puedo contenerme de júbilo, quiero gritar de gozo, que sepan de mi alegría. Río y corro de contento. Vuelvo a casa. De milagro estoy vivo. La sorpresa que se van a llevar todos. No me esperan, ni yo esperaba ver a mi familia otra vez. Esta mañana un soldado de guardia abrió la puerta de la celda y con una voz seca y cortante pronunció: "Puede irse, está libre".

No, no me iré. No huiré a ningún lado. Aquí me voy a quedar. Pueden citarme donde quieran, cuando quieran. El lunes acudiré ante el Procurador de la República a primera hora, cumpliré con el citatorio; veré de qué se me acusa, quién lo hace, sabré cuál es el nuevo cargo, el juez y la instancia que lleva a cabo la investigación. Llevaré conmigo la memoria y mi palabra del caso, esta historia, este libro, este oportuno y doloroso relato para mi defensa frente a la justicia. ¿A ver quién es ahora el culpable? ¿Y quién por el contrario el perseguidor? El país no merece menos. En más de siete lustros no ha habido un veredicto en defensa de su lucha y lo justo del movimiento estudiantil y sus demandas; calló la justicia de la nación y no hubo corte, jueces ni defensores que elevaran su voz en a favor de los jóvenes y adolescentes del 2 de Octubre. Síntoma claro e imparcial del poder autoritario que reinaba en la época sobre de uno de los movimientos sociales que luchó de manera consciente y responsable por realizar sus aspiraciones educativas, culturales, ideológicas y políticas por la democracia, la libertad y la justicia, y que aún no se alcanzan en México.

México, D. F., a 3 de enero de 2002.

Asunto: Se asistirá a cita.

El Sr. Fulano de Tal se presentará en la fecha, hora, lugar e instancia que lo solicita, para declarar oportunamente en torno a la insólita e indebida aprehensión de que fue objeto, el 2 de Octubre de 1968, en

Tlatelolco.

Atentamente

El presunto acusado e inocente preso político 68.

Índice

ESTAS LETRAS QUE ESCRIBO

El citatorio 7

La detención 9

La espera 11

El preso 13

Mi nombre es lo de menos 15

La calentadita 17

La crujía 21

La tortura 23

El simulacro 25

La declaración 27

Inventar la vida 29

LAS NOTICIAS VIAJAN PRONTO

¿Cómo escribir la historia? 33

Carta a mi familia 35

Carta de mi padre 37

Carta de mi madre 39

Carta a mi madre 41

Carta a mi novia 43

Carta de mi novia 45

Carta de mis hermanos 47

Carta a mis hermanos 51

SOS 53

UNA HISTORIA DE PALACIO

Sobrevivir 55

El borrador 57

Sin lápiz ni papel 59

Una revolución pacífica 61

El trillado camino del poder 63

¿No habría otra solución? 67

La victoria era suya 69

La noche de Tlatelolco 71

A la mañana siguiente 73

Y sus voces no pudieron callarlas 75

Luto nacional 77

El régimen no perdona 79

SOLILOQUIOS TRAS LA REJAS

Sin día y sin título 81

Una mentira inventada 83

Preguntas sin respuesta 85

En defensa de la patria 89

Nadie cuida el barrio 93

El agente 95

El político 97

El Gobernador 99

La fe no movió montañas 101

El hombre de blanco 103

Quinta Delegación 105

El hombre de la calle 109

Una voz lejana 111

El run run del poder 113

TIENE NOMBRE LA ESPERANZA

Sobresalto 115

La escapatoria 117

El paseíllo 119

Desesperanza 121

Casualidad o no 123

Telefoneando a casa 125

Tiene nombre la esperanza 127

En defensa de la historia 129

OBRAS DEL AUTOR

En la página mariomunguia.com se pueden bajar gratuitamente.

Poemarios

Canto a la Tierra

La fuente de la fantasía

Una declaración de amor en luna llena

Otra botella al mar

Miradas

Toc toc méxico desde chiapas

Novelas

Una gaviota blanca volará

¿Las letras siguen bailando?

Obra educativa

Tópicos alrededor de la enseñanza

Los eventos pedagógicos

Transformemos la educación básica

La educación básica en México

Ensayo

La política y el poder para el bien social

Por un golpe del destino un joven de 19 años es detenido y encerrado en prisión, el 2 de octubre de 1968. A partir de esa fecha el personaje sufre la represión, la tortura, el desconsuelo y la incertidumbre de lo que pasará con él, a sabiendas de su inocencia, es decir, de no haber participado en el movimiento estudiantil y la lucha social del país.

Tal conflicto político y humano, psicológico y moral, íntimo y público que vive durante "interminables" días e incontables noches, lo lleva a contar desde presidio la historia de lo que fue y no debió ser el 68 como una forma de darles voz actual a los estudiantes de aquella época.

En mariomunguia.com se bajan gratuitamente las obras del autor.

ISBN: 978-607-29-0956-4